BOTERO

A. J. Bozinsky


A. J. Bozinsky

Contenido

EL BOTERO

Primera ida en bote

Las plantas arañaban el rostro de la señora, pero ella miraba impasible la isla, y me hablaba de algo que había prometido. Asfixiado por la humedad, escuchaba su murmullo y su carraspera, me la imaginaba cercana al tacto y al oído.

El bote iría a la isla cuantas veces fuera necesario, y yo remando en él, con los inquilinos de la pequeña mentira, confundida entre un poco de felicidad enferma. Casi mudo, de espaldas al esfuerzo, cambié las distracciones y me puse a observar el trasero de la señora.

Seguimos por largo rato. Faltando poco para anochecer, tuve la intangible sospecha de que el marido…

…Por darme a la noche, por dejar cuentas impagas y marcharme como cualquier perdedor a Sinitalia, por dar vueltas de nuevo en la noria de los viciosos, podía estar en aquel maldito bote hacia la maldita isla, con la señora Ludovica, con la sobrina de la señora Ludovica, con el novio de la sobrina, y con el botero Amílcar que me obligaba a

remar con la excusa de enseñarme, acariciándose la p…

“Ella ha perdido al marido de noche, tal vez por eso, de noche lo busca”, pensé con inocencia.

—Él remaba la avenida de agua —dijo Amílcar.

Mientras yo remaba hacia la isla, menos la ama, los otros se acariciaban y murmuraban en el silencio apenas roto por mis desganados remos, y por el zumbido de los mosquitos. Gracias a los murmullos, entre otras cosas, supe que la fuente del patio de la mansión había sido el lugar predilecto del desaparecido en sus horas de meditación; que la señora Ludovica sólo pensaba en los movimientos de su cabeza, que pasaba todo el tiempo con la mirada en la isla, y a veces la bajaba al libro; que las mujeres ignorantes de la provincia, pensaban que con los pechos alimentaban muertos escondidos; que muy cerca, existía un país de enanos terribles, degenerados hasta la médula.

Me gustaba ser humano; prefería ser humano… Recordaba haberme desempeñado como campo de pasto en las drogaderías; de telescopio para las aficionadas al

asco; ¡hasta de Norte América!, con sus negros azulados lanzándose en paracaídas. Pero eso había sido parte de un entremés humeante, opiáceo. Ahora, tirado al fondo, sobre el asiento del bote, con las pulposas nalgas de la señora Ludovica delante de mí, pensaba en la isla mientras remaba, mientras los demás comenzaban a tocarse fervientes, y a emitir quejidos de placer…

La isla envolvía misterios, sospechas, y me llevaba a imaginar en el cuerpo de mi ama, un pasado tenebroso, que la hacía parecer más grande que el silencio que la cubría. Una carraspera rara, quizás era su único gesto de preocupación, o, quizás, utilizaba la carraspera para expresar cualquier emoción que escapara a su gigantismo. La carraspera me hacía sentir su opulencia, su brusquedad, su mejor contacto con el lenguaje… Su forma de comunicarse me había dejado pasmado desde el primer instante, pues, ante mi pregunta de por qué me había contratado sin conocer nada de mí, respondió:

—¿Qué eso yo fui sintiendo equivocada?

Entonces, me limité a trabajar. Ella vivía y nos mantenía, ora ocupados, ora distraídos, girando en derredor.

En esta ida en bote, el entretenimiento se iba poniendo de color rojo, a medida que avanzaban los suspiros y nos acercábamos a la isla. Amílcar el botero, que estaba muy débil, me invitó a presenciar sus prácticas. Él pensó que yo terminaría tocando su p…, pero el empleo de su risa afeminada, me habló de una urgencia que le costaba llegar a buen fin. Ante el fallo, prefirió hablarme de la mansión, con las palabras del napolitano que había estado a cargo, que también había trabajado para un árabe, que quería a María la sobrina de la señora Ludovica, y a la señora Ludovica también, como esposas en su harén. Me habló mucho, con palabras y con flatulencias, y me aseguró que yo sería el próximo botero si aprendía a remar.

—No sé, Amílcar —le dije—. No sé si quiero ser botero.

Pero Amílcar no me respondió. Esperó a que el novio y la sobrina de la señora Ludovica se repusieran de sus fricciones, y pasó a susurrarles

en los oídos frases pesadas y groseras.

Viaje al pueblo

Como los novios, extasiados por los nuevos roces, quisieron regresar para obtener progresiones contra natura, no nos fue posible llegar a la isla: tal la urgencia de los amantes, y tal el deseo de la señora Ludovica por agradar a su sobrina.

Al atardecer del día siguiente del infructuoso, me mandaron al pueblo en un auto alquilado con su chófer. Al parecer, habría invitados de otros países en la mansión, y el nivel de degeneración al que pensaban llevar la fiesta, superaba todo grado de confianza que se pudiera depositar en mí.

Durante el viaje, observé que la provincia era bastante árida, y más aún si se la comparaba con la humedad reinante en la hacienda de la señora Ludovica, con su vegetación subtropical, con sus mosquitos, con su fauna de depravados.

Llegamos de noche.

En una avenida de farolas quemadas, el chófer me dejó con la valija sobre la vereda polvorienta del edificio de hospedaje, con una

campana colgada al cuello, para anunciarme ante el conserje. Éste apareció al instante, seguramente, acostumbrado al estúpido protocolo de la campana. Sin hablar, haciendo un ruido de holgadas ropas frotadas al caminar, me tomó del brazo gentilmente, y me guió por un interminable pasillo repleto de puertas a sus costados, desde donde se escapaban algunos suspiros, quejidos, gritos de dolor, que me dieron a entender que no se trataba de un hospedaje limpio y formal. Pero como ya había deambulado por antros semejantes, donde también, a medida que se avanzaba, más se respiraba una atmósfera pegajosa, de vahos orgánicos, de olores carnales, no me importó, y me dejé llevar siguiendo el ritmo ora cadencioso, ora entrecortado, del calzonudo conserje.

El pasillo desembocó en un patio con árboles frondosos que dejaban entrever las estrellas, entre los cuales noté, por sus copas, que posiblemente eran araucarias que habían sido felices en tiempos pasados, empero, ahora, debían contemplar espectáculos deshonrosos a través de las ventanas abiertas del hospedaje.

El conserje se retiró, bajando mi mano para que palpara un banco de hierro, en el que me senté a respirar intemperie negra, a sentir el sombrero de la inmensa bóveda, a compadecer a esos pobres árboles encerrados en la cárcel de libertinaje. Antes que pudiera entregarme a la vacuidad de mis pensamientos, una luz pálida se vio en la cúpula del edificio, una luz cimbreante, como de antorcha, que alumbraba un tanque verdoso con dibujos obscenos.

Pronto escuché pasos, balbuceos, toses alrededor, a distancia, y un hombre vestido de traje blanco —a juzgar por la penumbra— vino a hacerme compañía, diciendo que la noche era demasiado larga para dormirla, que mejor se estaba con alguien, y si ese alguien era amigo resultaba más entretenido, y sin muchos introitos comenzó a acariciarme la ingle… Cuando la luz de la cúpula se intensificó dejando ver personas que abrazaban y lamían el tanque verdoso, me di cuenta de que estaba en medio de una plazoleta repleta de invertidos amándose en los bancos, tirados sobre la hierba y los caminos de piedra, aplastando flores e

inclinando y sacudiendo arbustos, con el viejo vestido de inmaculado blanco, encarnizado, luchando por abrir mi cremallera…

…Al amanecer, cuando el aburrido anciano se retiró mascullando su fracaso, la luz de la cúpula se fue apagando, el tanque verdoso tomó el esplendor del sol para ocultar sus dibujos, y un campanario invisible indicó que había llegado la hora de volver aprisa al auto con el chófer, y luego al bote, a seguir remando.

En la mansión

Amílcar el botero, que había estado esperando mi llegada apoyado en la reja lanceolada, mientras accionaba los interruptores que encendían los faroles al costado del camino empedrado, me decía:

—Ella no pisó agua. Del señor Salazar no hay rastros. De una puerta la Española lo vio venir nadando desde la isla el día que desapareció. A mucha gente se lo dijo en la provincia, pero allí ya sabían que el señor Salazar era de afición enana así fuera más fea que un pan con agua.

La mansión despedía tufo a grasa, a kerosén, a cuerpos enfriados después de intensas actividades carnales. Del zaguán ancho, apenas un poco más que las espaldas de la señora Ludovica, salía luz amarillenta, posiblemente, de una antorcha todavía encendida. La soga que colgaba atravesando el porche bañado por suaves olas, amarraba el bote dando golpecitos contra el cordón de la vereda.

Descendimos a la planta baja, que quedaba medio metro debajo

del nivel del suelo, y que se perdía entre grandes charcos por salas vacías y una gran cocina, en cuya puerta, una mujer gruesa con un ramo de flores que le asomaba desde la espalda, dijo que la señora, al día siguiente, de noche, me hablaría por teléfono. Esa mujer de grandes ubres, supuse, debía ser la Española, que siempre andaba con la cocinera. También, me informó que aún quedaban algunos visitantes, y que estaban pegados entre las paredes blancas atacadas por los hongos, y que también si investigaba entre los cuartos podría ver a la colgada desnuda en el centro del peso de la escoba. Creo que la Española se refería a los libros raros que después tuve oportunidad de ojear en la modesta biblioteca, que no eran más que cuatro o cinco grimorios explícitos entreverados con enciclopedias ilustradas, atlas geográficos, historias universales y novelones. Ella tenía una forma, tanto de expresión como de comprensión, demasiado comprimida. Se puso impaciente al notar que yo no podía comprender exactamente de qué estaba hablando, y empezó a repetir lo que le habían dicho que me dijera,

aunque pronto caía en su enredada madeja:

—Ya la habían dejado porque no le gustaba. Yo debo hacer gestos por la molestia de la incómoda luz. Igual pubis que portátil. Tenía una pantalla verde y daría su vida porque la empuñaran.

Amílcar había aprovechado mi descuido, rozando su p… contra mi mano, colocándose detrás de mí. Yo estaba listo para tirarle un codazo entre las costillas, pero sonó el teléfono. Atendió la Española. Decía muchos “sí”, con movimientos del moño que le tapaba los pezones, después de encintar y sujetar las ubres… y me pareció que su lengua hacía lo propio con las palabras, como si se trataran de tetas gordas… Tuve que empujar a Amílcar, quien cayó mojando su trasero en un charco, y se retiró poniendo cara de ofendido, dando una patada al suelo. Podría haberlo golpeado, para dejar en claro que estaba resignado a tomar el puesto de botero, que mis brazos eran lo suficientemente fuertes como para magullar la cara de un hombre; si no lo hice, creo, fue porque me puse a contemplar a la cocinera que recién había llegado, cuyas formas

parecían copiadas a la Española. Me sentí incómodo al ver a las obesas besándose, lamiendo el tubo del teléfono, compartiéndolo como en otras horas lo harían con sus juguetes adultos. Me fui después que la Española colgó el tubo, suspiró y se fue a la cocina.

Esa noche bebí; despatarrado sobre la cama de mi dormitorio, justo encima de la cocina, bebí. La cocinera hablaba a los gritos con la Española sobre trámites de amantes, pero no presté atención, pues, borracho, estaba más preocupado por cómo llegar a despegar y levantar mi cabeza pesada, confusa e irritada como un ropero repleto de mariposones buscando algo que ponerse; además, creía que en cualquier momento la señora no se podría contener hasta la próxima noche, y me llamaría por teléfono. Mi premonición fue acertada, ya que en un momento que no podría determinar, sonó el teléfono, atendí, y era la señora Ludovica, preguntándome por la fuerza de mi remo, separando las palabras.

—¡Hable, le he dicho! —gritó la Española desde el pasillo (supongo que ella también estaría

pendiente de la campanilla del teléfono pese a la discusión que mantenía con su compañera, y había volado hasta allí cuando la escuchó), para después abrir la puerta de un empujón, haciendo gárgaras.

—Quisiera que estuviera tranquilo todo el tiempo, en esta casa, porque cree es mi invitado —habló la señora Ludovica por el tubo.

—Soporte algo que tengo que decirle —dije, pero no sé si me escuchó, por la interferencia—. Trataré de serle útil. He de no hablar de ello con Amílcar.

—Por temor, ya hablaremos... Conquistado —dijo la señora Ludovica y colgó.

Hasta le dije que al día siguiente me llamara para pasearla en bote, o casarme con ella. Después, la euforia se fue condensando en gotas de molicie. Me dormí, sin saber a qué hora se retiró la Española, o cuando dejó de hacer gárgaras.

Segunda ida en bote

De mañana sonó el timbre de un insecto que, aferrado con sus seis patas a mi cráneo, parecía intentar trepanarlo con su trompa. Permanecí hasta mediodía en la cama, inmóvil, escuchando el silencio y el timbre. Cuando volví a pensar, y a ser consciente de mis sensaciones, quería que aquello se repitiera: lo del teléfono la hacía más sensual, más cercana a la realidad y a mis verdaderos apetitos.

—¿Está despierto? —la voz me sorprendió.

Era la hora en que podía bajar, en que me esperaría la Española al pie de la escalera, enviada por la señora. En aquel instante me sentí libre, porque ni siquiera era la Española: era la señora Ludovica, observando cada uno de mis movimientos, como si no le importara rebajarse a ir al cuarto de su empleado, a buscarlo personalmente… Ahí se me ocurrió que tal vez sólo estuviera jugando conmigo, tentándome,

provocándome para después no darme nada, ni siquiera pagarme el sueldo.

La seguí algunos pasos más atrás, observando su espalda de boxeador.

Al cruzar la puerta, supe que los inquilinos del bote habían incorporado a la gorda cocinera y a la Española, que ya me estaban esperando, y embarcados miraban torciendo sus cuellos, ansiosos por mi llegada. La señora Ludovica fue ayudada a tomar asiento, y yo me ubiqué en el mío, sin sacar los ojos del trasero, cubierto por el vestido insobornable, azul, estampado.

Remé, y como nadie me dijo adónde, tomé en dirección a la isla.

Sólo había una línea que cobraba altura de vegetación, y una llanura inmensa de agua por remar… El brillo de las mojarras que se asomaban fugaces, tomó la curiosidad de los pasajeros, que aprovecharon la oportunidad del objetivo común, para trasladarlo hacia toques excitantes, fricciones despreocupadas, ardores vulnerables e hipersensibilidad, potenciada por la señora Ludovica que, con cuidado, como si extrajera un precioso paisaje guardado en un

delicado sobre de sedoso papel, tomó aire y exhaló:

—…¡A vivir con una alegría perezosa!…

Mientras indiferentes ante el peligro intercambiaban asientos bamboleantes, yo remaba concentrándome en la señora Ludovica, recorriéndola con la mirada de quien examina un objeto de arte: la escalera de la espalda, era hermosa; sus labios gruesos y su pie gordo del tamaño de una cabeza, eran hermosos; su trenza alrededor de una corona de oropel y vidrios brillantes, era hermosa… Extasiado, apenas tuve conciencia de cómo las sandías de sus nalgas se estremecieron, levantó el formidable peso haciendo tambalear la embarcación, y de un manotazo tomó los remos que entregué de inmediato para no ser aplastado. Luego, apuntando los glúteos hacia mí, que había quedado encogido en el puesto de timonel, dijo sin prestar atención a las palabras, que todos miraban la idea de que yo fuera botero y me llamara Amílcar.

De la mano del extremo cansancio, llegamos a la isla, línea espesa de vegetación, repleta de nombres verdes, pájaros, mosquitos.

Bajamos en una ensenada de plátanos, y nos desplazamos como lagartos somnolientos sobre la arena con olor a orina. Aparentemente nadie conocía la isla.

Al rato, ella me hizo señas confusas, entre que la siguiera y me quedara, por lo que preferí quedarme donde estaba. Luego, sacó medio cuerpo del vestido, y, atontados, inmóviles —en especial yo—, vimos aquella masa de carne y piel con cabellos, de grasa y huesos elefantinos, revolcarse en la arena y olfatearla, como queriendo dejar su rastro y buscar el de su marido. Fue entonces cuando hizo algo que consistía en toser y tragar aire, algo que se parecía a un llanto con suspiro.

Aprovechando mi minuto de atolondramiento ante aquellas imágenes reveladoras, los inquilinos me amarraron al bote. Resignado, mantuve la calma y los contemplé, ajeno al vaho mefistofélico de la ensenada, a las ronchas que me dejaban los mosquitos. Tuve que ser espectador de imbricadas escenas de investigaciones, de trenzados para el goce físico y destrenzados para búsquedas del señor Salazar. Lo que a la señora Ludovica se le

podía ocurrir, se hacía y se volvía a hacer, y después se conversaba si era útil hacerlo, siempre en el lenguaje inefable de la ama. Mis pulmones dejaban escapar la respiración, como si fuera alguien que duerme y espera decidido a quedarse inmóvil todo el tiempo.

Cuando se volvieron a reunir por última vez, hartos de no encontrar al marido, puse mi atención en la complejidad de elementos que componían el grupo, dudando de lo que parecía tan real: los zapatos en la gran garganta de la Española; la pierna rolliza y blanda de la gorda cocinera, que escurría bendiciones encima de aquellas bocas lengüeteantes; las flatulencias del novio de la sobrina, demasiado tiempo esperadas por la carraspera de la señora Ludovica que, inesperadamente, me señaló con el dedo, y exclamó enfurecida:

—¡Me curvas de miradas el cuerpo!

Luego lloró arrodillada o se rió, y siguió fumando del ano del novio de su sobrina que seguía mirando isla adentro, en tanto los otros se disolvían en vapores trepidantes. Casi me alegro cuando se levantó y se dirigió hacia mí,

porque lo único que yo quería era regresar del maldito viaje en bote. Pero aquello nunca terminaba, pues cuando se aproximaba la apoteosis, las astutas mujeres la retenían formando un corro infranqueable. Entonces, mis procesos mentales adquirieron la densidad de la atmósfera reinante, los párpados se me cerraron, y amarrado al bote, empecé a tocar fondo.

De vuelta a la mansión

De vuelta a la mansión, remando, atando cabos sueltos e hilvanando comentarios, me enteré que durante mi sueño, los investigadores se repusieron de los desmanes cometidos, y cubrieron buena parte de la isla, dispuestos a encontrar rastros que sirvieran para dar con el paradero del señor Salazar. Pero como la tarde se fue enrojeciendo, hubieron de volver con sus pies tropezando al subir al bote.

Me pregunté si el rechazo sufrido sería permanente, acaso eterno. Me sentía absolutamente solo. Deseaba intimidad con Ludovica, una intimidad que me llenara con aquellas palabras sintetizadas, paridas en ahogos y carrasperas, que en una oración podían contener el vacío, o toda una doctrina. Deseaba tenerla de manera brutal, gramática, así tuviera que prosternarme y besar sus callos. Pero mi condición era de excluido de una divinidad impía, que

sólo concedía la gracia por su misericordia, por su inescrutable misterio, impávida ante los ruegos. No tuve más remedio que acortar el regreso, imaginando una y otra vez bajo distintos ángulos, a la ama en mi cuarto, tendida boca arriba, dejando descansar la escalera de su espalda sobre el jergón, las nalgas inmóviles, las piernas rectas, los ojos puestos en el techo como si allí estuviera la diana donde irían a clavarse las palabras recién articuladas a través de la carraspera; y yo, con mis sentidos inmersos en la cavidad bucal, siendo vapuleado por las ondas sonoras, extasiado ante la ruidosa pronunciación del verbo nacido de un espumoso mar, activado por los herméticos resortes entre la lengua y el paladar.

Cuando llegamos, la señora Ludovica dijo:

—Deténgase en la escalera, tengo ganas de conversar con usted entre las plantas.

Me di cuenta de que las plantas ahora eran favorables, y, desobedeciendo la orden, subí con paso prehistórico para que Ludovica me detuviera, y esa fuera su

disculpa… Acaso la gracia fuera concedida.

—Me puse a arreglar seriamente mis libros —dijo al pie de la escalera—. Baje más. Daremos un paseo en silencio. ¿No va a atar el bote?

Esperé que los inquilinos, satisfechos de tantos manoseos, salieran del bote, hinchados, como si en la isla hubiesen comido algo que les hubiere caído mal. Até el bote a la puerta, y seguí a la señora Ludovica a través de las plantas.

Mis esperanzas regresaron antes de lo previsto, y se mantuvieron expectantes, pero sin hacerse vanas ilusiones, como el mendigo que pide una moneda. Rodeamos la casa, y nos quedamos callados mirando la isla, hasta que llegó la medianoche. Las plantas parecían repetirse bajo la luna, al igual que las sospechas que yo tenía respecto al marido. Pese a haber sido soslayado, a tanto silencio, al recelo, a mis suposiciones de que para mí lo único que querían era el puesto de botero, me entregué a ella como ella esperaba: con buena disposición, aceptando lo que me dijera o se le antojara.

—En mi pieza de lecturas, miraría también la llanura, sin mi marido allí, sin ninguna visión de que me lo llevarían los invertidos en el verano y otras cosas…

Era la primera vez que me hablaba directamente acerca del marido, y tuve el presentimiento de que yo sería quien descubriría su paradero o su fosa.

De regreso

De mañana, sobre la mesa de la biblioteca, en el plano azul extendido encima de otros planos como un códice para iniciados, observamos las curvas que representaban objetos incrustados en las paredes y debajo de los pisos, como gusanos falaces apuntando en todas direcciones. Después de hacer un gesto parecido a rascarse la ingle por encima del vestido, levantó los ojos del papel de calcar, y trató de llevarme a niveles superiores, explicándome cómo los caños absorbían y expulsaban agua para formar avenidas hacia puntos específicos, y que también el sistema permitía ser anexado a otros para producir infinidad de fenómenos, como una tormenta artificial, o sombras sin objetos, o un piso con bombas que generaban movimientos peristálticos y otras fruslerías inverosímiles. Como permanecí en silencio, quiso explicarme todo de nuevo, pero después de unos instantes prefirió decirme con sequedad que me despedía.

No me ofusqué. Al fin y al cabo, ya estaba hartándome de seguir las reglas de juego que me predeterminaban como participante perdedor en todas las disciplinas. Cuando me iba, maleta en mano, dijo:

—Ya sabes, tú vas tener a la vista esos caños de intestino… y puedes llegar hasta aquí, como dentro de sesenta años…

Mi suerte estaba decidida. En el camino al pueblo no pensé en nada. Pero antes de llegar, entre unos plátanos gigantes, apareció la Española como un fantoche.

—Por favor, señor, de noche tendremos velorio. Sí que esa vieja deja flotando mierda alrededor. Esa puta se hace la que es su propio marido, y después el agua se lleva sus abortos.

—¿Pero por qué me cuenta esto? —la aparté de mi camino.

—Al anochecer oí gritar a María, el gong del novio la partió en cuatro, ha originado el velorio. Para que el ruido…

Pero ya estaba aburrido de todo eso, ya empezaba a conocer el mecanismo de sus bromas morbosas, e imaginé que sólo me querían para que remara e hiciera el

trabajo pesado de sus juegos. A esos excrementos los había masticado demasiado; el estar remando siempre, me había convertido en un ser uniformemente disparatado; tenía que pagar mis deudas y volver cuanto antes a mi empleo en las drogaderías, lejos de Sinitalia.

Seguí andando en silencio, mas no muy tarde me detuve.

La suerte me había robado las cartas y sacado la lengua; mi bolsa se había repartido entre el vicio y el azar, dejándome deudas impagas y sentencias de muerte; mis trabajos, efímeros y bochornosos, habían dado su mejor fruto en las horribles drogaderías… Con todo, y por más que fuera mentira lo que se prometía, aquel enredo me gustaba más que otros… En un instante, no me daban los pies para correr y meterme en el agua nuevamente.

Busqué a la Española por todos lados, hasta que, extenuado, caí de bruces, inconsciente, por suerte, no en el agua, sino entre las plantas de un jardín desprolijo.

El velorio

Era raro haber vuelto después de ser expulsado, y que nadie notara mi regreso; que todos me trataran de la misma manera, es decir: con desprecio.

De a poco, el bote perdía peso con el cadáver de María descomponiéndose encima, con el ano rajado desde la popa hasta la proa. Muerta, seguía entreteniendo las miradas oblicuas del corro de degenerados en tierra, facilitándoles dichos soeces y comentarios gratuitos. “La señora Ludovica es como el cuerpo de su sobrina: una carga informe”, me limité a pensar, flexionando mis brazos para que no estuvieran fríos a la hora de remar.

—Parece mentira, la noche es tan de dos personas mayores que se aman, y quién sabe qué estupideces diferentes… y de madrugada… y estamos inútilmente despiertos, agobiados por el c… abierto de esta mujer que pronto habrá que tirar, no sé por qué entre ramas y hojas —la señora Ludovica lloraba por su sobrina, se soplaba los mocos y

carraspeaba, emitiendo rugidos que hicieron que Amílcar hablara:

—No me haga pajas.

Y el novio de la sobrina difunta:

—Me ahogaba su ostra en la boca de un antiguo que tocaba el bandoneón… ¿No era mejor que la partiera con el gong? ¿Ninguna pregunta?… Mejor si me dejaras ir y decir: "…Hasta todo, ostra."

—Por parroquias prometidas… –ahora hablaba la gorda cocinera—. El silencio de llevar el bote más adelante… Tuve palabras con ella… Oía como ahogadas las palpitaciones de su bombacha… En una almohada descubrí sangre una vez… Para mí debe tener necesidad de comunicarse antes de la sepultura. Triste le será, difícil manejar ese cuerpo, sus pechos ya no alimentarán muertos, su voz también será como palabras del confundo. Difícil juntar todas sus palabras y no tendré más mías para agradecerle sus libaciones.

Ausente el ruido, me di cuenta que para cerrar la primera fase del velorio, debía hablar yo:

—Me picaba el c… cuando me detuve en una pequeña ciudad de Sinitalia, pero nunca creí que

conociera gente tan bonita como la difunta, pese a no haber intimado nunca con ella.

Disolviendo el corro, pasó la señora Ludovica al frente, y con un ademán nos llamó al bote para que subiéramos, así pisáramos los retazos de la muerta.

—Intermitencias del placer y la agonía —dijo la señora Ludovica —. Esta sobrina me hacía pensar en la huella de un animal herido. Entre el silencio de sus nalgas acababa de oír un triste fa menor sostenido, pero después pensé que yo oía sólo la angustia de su voz en la memoria, para enseguida, me obligara a cubrirme con el novio… Debe ser que estuvo en la ciudad de Sinitalia si el botero lo dice. Y después que haya aprendido todas esas figuras de placer. Pero le ha salido la raja, con el gong del novio, y si no tenía mucho le quedaba un poco, esperanzas (restos), debió enloquecer de placer al alejarse del ferrocarril de nuestras elegantes vidas, violencia.

En dirección a la isla, remé aprisa hacia el lugar que indicaba la señora Ludovica para enterrar a su sobrina.

A la gorda y a la Española, las plantas que se erigían caprichosamente como falos verdes desde donde nos alejábamos, les produjeron desesperaciones, no podría decirse por pudor. Amílcar me hacía señas para que le acariciara la p…, pero no me estaba insinuando nada, era un gesto sonámbulo. Aunque los lentes miraban cómo Amílcar se acariciaba, la señora Ludovica se limitaba a murmurar: “el señor Salazar fue un trastornado toda su vida”. Tal vez confundido por la muerte de su novia y porque la señora Ludovica no habló de su pena lo que debía, el novio de la difunta no dijo ni una palabra de sus muchas ideas.

Durante el extenso viaje, las mojarras volvieron a chapalear entre los remos que en mi imaginación, ensartaban al ama instalada con su trasero frente a mí. La muerte había estimulado doblemente la abulia, por lo que los inquilinos del bote, participantes del fraude, actores del oprobio, se comportaron correctamente.

Monótonos con las mojarras, el murmullo de la señora Ludovica y mis remos, subiendo por un

arroyuelo llegamos a una pequeña ciudad dentro de la isla, un lugar que la noche nos mostraba con sus ventanas y sus patios. Allí había reflejos de luces.

De pronto, una cara que emergió del agua, que pedía pedos con sabor a agua oscura, nos recibió y nos guió hasta la fuente de piedra, mojón principal de la ciudad. Cuando bajamos del bote, pude ver a la luz de las antorchas, que era un espantoso enano con gorra de dormir.

El sepelio

El enano llevaba en los ojos un fuego demoníaco, y caminaba con cuidado de no hacer ruido. Levantó varias veces las faldas de las mujeres y de la difunta también, pero nadie estaba en condiciones de exigirle mayor reverencia. A una orden del enano, que hasta la señora Ludovica obedeció, nos detuvimos ante el lugar elegido para el sepelio.

La tumba, había sido cavada entre ramas y hojas por un círculo de enanos embarrados que no alcanzaban a diez; apoyados sobre sus palas enanas, se quejaban del esfuerzo con jerigonzas de mal aliento, pero nos contemplaban con gusto.

Tiramos a la difunta, cuyos intestinos se habían enredado en el bote y en la fuente, accidente útil que después nos sirvió para volver, porque los enanos, ausentes a nuestra presencia, se zambulleron dentro de la tumba para chupar, morder y tragar el cadáver.

Así, entre ladridos de enano y trozos de carne y tripa, finalizó la primera fase del sepelio, dando

comienzo a otra más corrupta, enquistada en niveles muy por debajo de lo humanamente concebible.

Ya nos retirábamos, cuando la señora Ludovica expelió en un flato un ectoplasma, y con los ojos en blanco, dijo:

—Del fondo de alguien, algo quiere comunicarse conmigo... Agua sucia, insiste que miren.

Seguramente, el alma grisácea de la sobrina de la señora Ludovica había salido de la tumba, y, asombrada, quería volver a su pieza o al corredor, para manosearse, friccionarse, o morir violentamente con el gong del novio de nuevo: tales son las vicisitudes de las almas y sus reencarnaciones.

Como todos empezamos a sentir algo de horror por las facciones desnaturalizadas de la ama, nos volvimos rápidamente guiados por los intestinos.

Alejados de los enanos diabólicos, el espacio del contacto físico fue alcanzando grandes proporciones, y los inquilinos del bote se dejaron flotar lamiéndose como perros, para empezar, por encima de los vestidos.

Remando hacia la mansión, vi el camisón despedazado por los dientes de los enanos, y pensé que la sobrina de la señora Ludovica se comunicaba pudriéndose en el agua.

Zambullón

Me habían obligado a dejar de remar. Hartos de violencias olfativas y gustativas, cometidas en forma consecutiva durante un tiempo inestimable, festejando con chistes el entierro pasado, ya sin miedo a los enanos o al fantasma o al mal aspecto de la ama o a los restos de camisón, los inquilinos del bote, consumidores de sucedáneos de la felicidad, acariciaban el agua.

Aprovechando el tiempo para contemplar el paisaje idiota, distinguí a un pobre viejo de pie, medio espantapájaros, flotando en otro bote a lo lejos, y con él a una muchacha que a igual distancia se veía ramera, que según dijo la Española, por diez pesos se metía la p… hasta que le tocara la garganta, o también se la fumaba como a una pipa… Pero yo sólo vi cuando levantó la pollera azulada para que el viejo, haciendo murmullos gerontológicos, se acoplara fláccido mientras su agonista realizaba movimientos peristálticos. Hubo algo por un instante, una especie de fulgor de lenocinio, y pensé

insistentemente en que la muchacha de diez pesos, tenía un gran dolor anal parecido al que habría tenido la difunta María antes de morir por el gong. En el momento de ver la luz vivaz de la mojarra que paría por el trasero, hija de esfuerzos meretrices y provectos, ¡la señora Ludovica se lanzó al agua!

—¡Aguarde! —grité, y me tiré al agua también.

La isla desierta

Al amanecer, con las ondas acariciándome la ingle, puse mis ojos sobre la mirada de la señora Ludovica, que descendía hasta donde el agua me acariciaba.

—Un pensamiento que ahora no larga carraspera, un pensamiento hay que estrujarlo como a una p... Se sorbe hasta la hora de hundir el gong, lentamente, lo extraen lleno de mierda y lo tiran al agua... A mí se me llenaron los ojos de lágrimas del alma y de los recuerdos en el agua que elabora lo que recibe el pensamiento —dijo la señora Ludovica.

Otras palabras de similares conceptos, aproximadamente, pronunció al caminar por la playa a la que habíamos ido a parar, nadando sin sentido yo, nadando para alcanzar al viejo ella, objetivo que cambió al instante de darse cuenta de que el viejo no era su marido.

Alejó la mirada y dijo que antes de arrojarse del bote, tuvo la convicción de que el viejo era el señor Salazar, y que no se dirigía a

ella porque podía llevarle los recuerdos antes de gastárselos. Se le terminaron de atravesar las palabras con una carraspera que parecía la iba a ahorcar, sus ojos le obligaron a atender nuevamente la hierba que hollaba, y luego, no tuvo ningún reparo en hundirse en la cremallera descuidadamente abierta de mi pantalón, a los manotazos, con imprecisos movimientos de cabeza, hasta el atardecer…

Al recobrar el conocimiento, pensé que la señora Ludovica podía ser una ilusión, que simplemente era buena parte de todos los deseos de mi vida de botero, y tuve el presentimiento de que nunca podría fornicar como un ser normal.

Sus pasos tambaleantes la quitaron de mi cuerpo magullado, y la llevaron a hundir los belfos en la suave corriente. Que moviera la cabeza de la misma manera que lo había hecho antes conmigo, me llamó la atención… Fijé la vista y… ¡Había caballos celestes en el agua! Los movimientos de la cabeza de la señora Ludovica, se explicaban porque estaba ejecutando largas succiones a los caballos que chorreaban pelos. Antes que pudiera

incorporarme, se la llevaron corriente abajo…

La señora Ludovica carraspeaba y hacía gárgaras, ponderando a gritos la superación de todo lo conocido, pero luego los gritos, cuando ya no pude ver nada por la distancia y por la oscuridad, me parecieron los gritos de una mujer partida, y supuse que casi igual que su sobrina, moriría abierta por la dicotomía caballuna, hundiéndose en el agua más fangosa. Ese final de gong, fue el final de la señora Ludovica.

Derramando lágrimas por el contacto con alguna planta urticante, dormí pesadamente hasta la madrugada.

Luego, recorrí la isla deambulando como agua que fluye, meditando en lo sucedido, sin importarme adónde llegaría.

En la ciudad de los enanos

Me encontré entre las ramas y las hojas a un mendigo de lentes oscuros pidiéndole limosna a los enanos que volvían del sepelio, y que, con picardía natural de la inocencia, le tiraban a la cara pedazos de carroña de la difunta María. Una señora que iba pasando adosada a la larga fila, lloró junto al mendigo, y éste aprovechó para acariciarle las nalgas... Y pronto le dio la limosna de sorberle la p... en silencio, para después hacer todo tipo de travesuras con las evacuaciones del ciego.

Entre ramas y hojas, tuve conciencia de que en ese país yo no era más que un aspirante a botero fracasado, y que esos últimos acontecimientos no tenían nada que ver con mi vida de antes de llegar en el ferrocarril. Supuse que lo mejor sería seguir caminando hasta cualquier lado en el que me dijeran que ya no era Sinitalia. Hubiera preferido despertar en la cama de un hospital, y que una simpática enfermera me dijera que me había

emborrachado hasta caer en coma, y que toda esa basura no era más que un sueño espantoso.

Con los ojos fijos en la vegetación, me vinieron de nuevo las palabras, y me puse a hablar solo y en voz muy alta sin importarme ni la vida de la señora Ludovica ni su sobrina ni el novio ni Amílcar ni la gorda cocinera ni la Española ni el maldito marido si estaba enterrado o andaba disfrazado en bote fornicando con putas de diez pesos. Eran todos culpables de sus desgracias.

Después de mucho caminar, de ser arañado por tallos hirsutos, llegué a la escalera de cemento armado de una iglesia de enanos. Entré, y pensé en hacerme pasar por fiel. Después, empecé a darle rodeos a mi mente inquieta, que me sorprendía con una voz desconocida, requiriendo violencia para obtener lo que se necesita cuando no se tiene. Aquellos ojos abiertos, ojos de fieles, estaban colgados de un gran enano pintado en una pared, y de otras cosas brillantes y doradas a las que daban gran importancia. Sentí curiosidad, y me hice el que rezaba.

Mas los enanos malditos, no soportaron que yo no fuera enano,

sino el empleado de la señora Ludovica. Avisados los unos a los otros, comenzaron a hacer ademanes, creyendo que me atraerían con unos sonajeros que les pendían de los cuellos, a una gran olla de hierro encendida frente al altar. Empecé a tener conciencia de que debía defenderme, cuando un enano con enorme espumadera revolvió la olla y dejó ver los cadáveres de mis antiguos compañeros de trabajo. ¡Los inquilinos del bote! ¡Los inquilinos de la pequeña mentira, confundida entre un poco de felicidad enferma! ¡Todos estaban siendo cocinados dentro de la religiosa olla!

¡Tenía que escapar! Pero tenía que escapar, no sin antes llevarme algo de dinero y alhajas de la iglesia. Al descubrir mis estrechas intenciones, detrás de mí surgió una mujer gruesísima, que con aspecto de Ludovica sacó un cuchillo para mandarme a la olla.

—¡Enanos de mierda! —retumbé en la iglesia.

Quería robar e irme; quería correr por el santuario y llevarme sus pertenencias; como un tornado, quería ser rápido y devastador. Agarré un remo de una pared, y ese

sacrosanto objeto me sirvió para mantener distancia, para partir cráneos de enanos rabiosos, feligreses de largos colmillos. Como si el tiempo fuera para mí una sustancia lejana y extraña, los fieles se movían densos y con gorgoteos me reclamaban sus artefactos. Pero yo, golpeado por la experiencia, había perdido el respeto por cualquier ser, tanto viviente como de mi imaginación.

—¡Enanos de mierda! —volví a gritar.

Entonces, con explosión de ladrillos, se rompió el gran enano pintado en la pared, y apareció el marido de la señora Ludovica, ¡señor de los enanos!, ¡traidor a sus congéneres!, y me rogó con taimada diplomacia para que fuera a Buenos Aires a la casa acuática de un judío quien gustaba de la pesca y la mojarra frita, que recibiera invitación de trabajar como botero y estudiante de cábala y alquimia, así como a salir de su casa evangélica dejando lo que había robado. Ante mi pertinaz negativa, hizo disparar sobre mí una bandada de enanos saltarines con sonajeros y armas blancas, pero ya llevaba conmigo un

envoltorio pesado de valores, y me fui sin contestar el ataque.

En poco rato, cuando me crucé con el mendigo ciego, le ofrecí unas monedas para que me guiara raudo hasta los ferrocarriles, y él no se negó porque vivía allí y ya se quería ir, pero mi deseo de darle dinero lo ofendía. Él sólo se echaba entre las ramas y las hojas del camino para manosear a quien le diera limosna, además de otras tonterías.

No muy tarde y dejando atrás a los enanos que no son grandes atletas a la hora de correr, llegamos a los ferrocarriles, donde otros mendigos giraban y miraban fijamente a la señora del que me guiaba y a quien hacía mucho lo estaba esperando, como bichos encantados por una luz artificial.

No fue mi magín quien vio al incomprendido ser que la fortuna me había dado, apresado por una turba furibunda a las órdenes de su fascinante señora, en un lugar provisorio donde se encontraba toda la gama de mendigos. Eran distintos pero con grandes p..., y discutían mientras pasaban el turno de violar brutalmente al buen mendigo, a quien no ayudé a escapar: prefería

el descanso en sueños menos violentos y más equilibrados.

EL REGRESO DEL BOTERO

Viaje en ferrocarril y paseo por Buenos Aires

A los sueños hay que provocarlos, por eso no me dormí desde que abordé el ferrocarril hasta arrojarme en la periferia de la Buenos Aires con rincones tranquilos donde Amílcar una vez me dijera que encontrara a la señora Rosalba, si tenía la mala manera de algún día empezar de cero. Afiebrado después de haber librado tantas batallas en los campos ajenos que pertenecían al discurrir de mi vida, las ideas acudían ridículas. Por ejemplo, pensé que la señora Ludovica había sido una respetable mujer camino a la ancianidad, con problemas fonoaudiológicos; o que María nunca había muerto, sino que simplemente se había deprimido, por lo cual sus parientes decidieron sacarla a pasear en bote; o que el maquiavélico marido de la señora Ludovica dejaría progenie de líderes religiosos y, cuando muriera, su club de enanos malditos tendría el ícono

perfecto para alentar la rebelión enana a escala mundial…

Sin dudas, seguí delirando, pero al fin y parado como un poste al que todos miran por indicar el kilómetro cero, recibí el viento que me sacó el olor feo de viajar en un vagón repleto de cartones recortados con figuras de personas, que servían de vocinglero decorado o de andamiaje para las escenas de la vida.

Otro viento arremolinado me acompañó hasta depositarme frente a la casa de la señora Rosalba.

Lo robado a los enanos no era suficiente y debía trabajar. Soporté con una paciencia inmensa la mansión de la señora Ludovica, así que no fue tan cruel esperar a la vieja con cara de habichuela que vino a recibirme para que me pusiera a sus órdenes, y que me dijo que al otro día ya debía empezar a remar, al mismo tiempo que me hacía una guiñada llevándose la mano a la ingle.

Primera vuelta en bote contando de nuevo

A la mañana, antes de subirnos al bote en el que por lo menos éramos los dos solos y no una sarta de inquilinos manoseándose, le dije a la señora Rosalba que me encontraba bien dispuesto para cualquier servicio que le fuera útil, de esta manera, le agradecía el haberme recibido en su casa para empezar de cero, como lo había sugerido Amílcar.

Pero ni ricos ni pobres, no me gustaba servir a nadie. Si alguna vez tuve afán de algo, gastado el pendón y rasgada la bandera, podía izar la nueva proclamándome inservible. Ni siquiera la honorable causa de mí mismo. Tan harto estaba pese a haber empezado de cero. En estas lánguidas meditaciones me hallaba varado pero remando, cuando me di cuenta de que mis palabras habían sido vejadas, pues la señora Rosalba desperdició el buen tino, y se manifestó como quien de inmediato

se pone de acuerdo con un plan engorroso, zambulléndose dentro de mi cremallera, balbuceando palabras ora entrecortadas, ora enmudecidas o ahogadas, ora altisonantes, de las que se desprendía que sería despedido sólo cuando ella se cansara de mis servicios, así fuera en los primeros días. Sorprendido, en pocos minutos firmé el contrato, con la extrañísima usanza de esa casa en la cual, al parecer, los empleados debían estampar la rúbrica a la dueña en su propia cara.

Segunda vuelta en bote contando de nuevo

Al rato apareció una tal Filomena, de vestido azul con florecillas rojas, saludando desde la pasarela como una idiota. Aunque la piscina no era tan grande, tardé unos quince minutos en llegar. Filomena era hija de Rosalba, y, una vez subida al bote, sin mediar palabra, ésta la empujó llorando para que extendiera garantías, o agregara cláusulas al contrato. Mientras hacía sonreír a su cabeza de habichuela, posiblemente conforme con el buen desempeño que estaba teniendo su hija en la redacción del documento, la señora Rosalba me señaló abiertamente y con palabras soeces que el marido de Filomena era puto, y que saldría de viaje cuando el mayordomo le terminara de agrandar el agujero del c… en el tocador. Filomena, que había estado imitando el llanto para complacerla, pronto lo abandonó y me manifestó contenta alzando su

faz, que se sentía muy a gusto con la lapicera que colgaba de sus labios, y me contó entre sorbetes y con estilo más chabacano que el de su madre, que sus niños también eran putos y borrachos, y que cuando terminaban una botella de aguardiente, la usaban para metérsela en los c… o también el teléfono o todo lo que fuera parecido o borrosamente parecido a un hongo. La muy lenguaraz ya no paró de hablar, incluso cuando la patrona tomaba la palabra, es decir, cuando se desocupaba al terminar la redacción de algún nuevo documento que yo, pese a estar remando todo el tiempo, debía esforzarme en firmar.

Desde la mañana, entre vuelta y vuelta de bote, hasta el mediodía, Filomena estuvo radiante y le bulleron las palabras que muchas veces ganaban al trajín de su lengua para pronunciarlas. Imaginé un rostro opuesto, sombrío, un rostro de gorgona, de cuya boca salieran serpientes, al decir de ella misma, como soretes… Porque para mi sorpresa, que creía haber visto y escuchado todo lo podrido que existía en el mundo, Filomena lo superó diciendo cosas tan bajas dentro de lo bárbaro, como que le

vendió el c… a todos los de la casa y a todos los de un barco, y pensaba hacerlo con todo el planeta si su marido se lo pedía… A mí, después de estas afirmaciones y otras mucho peores que me hacían pensar por qué para el mundo habían utilizado el verbo y no un método distinto como hacedor de tanto caos, me dieron ganas de que esa maldita piscina de quién sabe cuánta agua desperdiciada, fuera un océano o abismo inmensurable, y pudiera arrojarlos a todos allí dentro. Después, para terminar y supongo que por su naturaleza aduladora, me dijo que algunas personas me podrían mirar con la inmensidad del agua contenida en aquella piscina como a una especie de líder religioso, porque la originalidad de mi tinta así lo ameritaba, y que a ella le hubiera gustado entregarme su cuerpo virgen desnudo, y también le gustaría que yo la viera meterse calderas con agua hirviendo… Pensé que ahí sí se detendría, pero siguió excitada por el recuerdo de los días cuando el marido se hacía penetrar por animales salvajes, diciendo que quería el mar en el camarote de su vagina, y que haría andar sus revistas de moda desde el c… hasta

la garganta, como si siguieran caminos de hormigas.

De regreso, completamente aburrido por la cara de habichuela sonriente y la maldita gorda con vestido de flores que contaba su historia con un botellón de vino, que se agitaba y se balanceaba como un cuerpo de lados diferentes y a ráfagas desencontradas que casi nos hace caer antes de subir a la pasarela, tuve el presentimiento de que aquello no terminaría bien.

Cuadros de pared

La señora Rosalba me dio el resto del día franco, así que lo aproveché de la mejor manera, yendo a mi aposento a dormir. Pero antes, tomé una larga ducha reparadora, en la cual intervino la propia dueña de casa, poniendo en práctica una usanza poco razonable, pero que según ella tenía un origen y contenido harto píos. Enjabonó con fruición mi cuerpo, frotándolo con una esponja muy suave, enjuagándome ayudada por sus manos obstinadas en dejar limpios todos los rincones, secándome con una toalla grande y mullida, acompaññándome hasta el borde de la confortable cama donde me sentó, untó y masajeó los pies con relajante bálsamo, deseándome buen descanso, acariciándome la cabeza que se dirigía al sueño en ondas de proa.

Al parecer y por lo que dijeron, estuve durmiendo durante tres días. Increíblemente, tan depravada no sería aquella familia, puesto que no vejaron mi cuerpo como tranquilamente podrían

haberlo hecho, y, si lo hicieron, fue con el tino necesario para no dejar ninguna huella. De todos modos, el sueño reparador había surtido efecto, y podría decirse tal como lo sentía, que me había convertido en otra persona. Lo que no sabía, era que no sería mi última conversión.

Me senté en la cama, y me puse a observar los cuadros, rectangulares y ovales, colgados en la pared. Delirantes cuadros realizados mediante retorcidas combinaciones de fotografías, recortes de diarios y revistas, óleos, lápices y carbonillas, y otros materiales quebradizos, pastosos, repugnantes. Casi todas las obras contenían una única persona representada, y ésta no tenía por oficio otro que ser botero. El primero, era el rostro de un sexagenario, que por conocer el trabajo duro y las costumbres impúdicas, le habían llenado la cara de arrugas y cicatrices; tenía un sombrero basto y agujereado como el resto de sus prendas colgadas de un remo detrás; la mirada poseía un lejano brillo que traspasaba como un puñal; el cabello y la barba erizadas, pinchaban sin tocar el lienzo; bajo las fosas nasales como hoyos

cavados en la tierra, los labios agrietados se abrían para dejar pasar un trébol de cuatro hojas, mordido por dientes amarillentos montados en negruzcas encías; ladina maldad, hasta los malvados se espantarían. El segundo, era un paisaje bastante más largo que alto, hecho por un niño retardado; en el ocaso rojizo y nuboso, sobre un río que casi todo lo abarcaba con ondas de reflejos de mojarras, una diminuta nave transportaba a dos trazos que serían personas que dividían sus acciones: una remaba, la otra orinaba contra el viento que agitaba y arrancaba hojas a los árboles que servían de marco a la escena; uno se podía preguntar a dónde iba aquella embarcación, y a dónde salpicarían los orines. El tercero, lo ocupaba una mujer en su óvalo enmarcado en alfombra peluda; risueña y sucia, pecosa y despeinada, una pipa le salía por la boca como al primero el trébol, pero no se podía saber cuán podrida la tendría; un guiño y un gesto en la comisura libre de la pipa, le daban un aire descarado, como prostituta desde su tierna infancia; enganchado saludo, levantaba el muñón embutido en un garfio que

nacía desde la manga de una camisa verde; plateado, bruñido a fuerza de refregárselo en la ropa, el garfio tenía cincelado un ancla atravesando un flotador. El cuarto, era la fotografía ampliada, en blanco y negro, de un hombre de cuerpo entero que por bastón llevaba un remo, que miraba a lo lejos y hacia la izquierda como si hubiera algo importante que ver, despreciando por insignificante al que perdía el tiempo mirándolo; el ínfulas, vestía un traje de otras épocas, por el que asomaba la cadenilla de un reloj de bolsillo; había en el barbudo algo de embaucador; la boca deforme, daba a entender que estaba alimentando un cáncer de paladar con una pipa eterna. En el quinto, mucho más alto que ancho, en marco nacarado sobre fondo rojizo, aparecía alguien disfrazado de capitán de navío, a no ser que de verdad lo fuera; el alto rango, ornados los hombros y el pecho con sobresalientes condecoraciones, poco serio se tapaba la nariz y la boca como si fuera a vomitar, mostrando en la punta del dedo índice una gota chorreada de sangre verdadera. En el sexto, oval pero sin pelos, una mujer bonita y su bote flotaban

sobre recortes de diarios y revistas; si lo usual es que el botero se siente sobre su asiento, aquí lo había hecho encima de la punta de la proa, y, además, al propio bote le habían hecho las modificaciones necesarias para que los remos pudieran ser manejados desde el incómodo asiento.

—Ahhh… Está mirando los cuadros —el suspiro y las palabras de la señora Rosalba me sobresaltaron—. Qué recuerdos vaginales me trae oportuno ser. No sabe cuánto los extraño adoré. Pero ahora soy tan estoy feliz con mi séptimo botero —sonrió emocionada juntando las manos como si fuera a rezar, o como si sus súplicas hubieran sido escuchadas.

Caminando con Filomena

Días más tarde, cuando ya me estaba acostumbrando a las nuevas perversiones de mi ama y de su familia, anduvimos mucho rato de la mano con Filomena, recorriendo los jardines de la mansión, bellamente labrados por el jardinero, quien era amante exclusivo de quien me acompañaba rascándose la ingle.

Aproveché el solaz de la tarde saturada de matices del verde, y, tomando por un camino de piedra combado y sinuoso, descendimos hasta llegar a un arroyuelo que se formaba por el desborde de la piscina que se unía al río, mientras le iba preguntando por los antiguos boteros. Ella, en su carrera por hablar juntando varios hilos interminables a la vez, inventó nuevas palabras para definir lo que sabía, y que no estoy seguro de haber podido interpretar bien.

—Es que cada uno tú también, han venido de lejos mejor ejemplo otro planeta a desarrollar semillas de mojarras —aferró mi mano con

las suyas y me besó la mejilla—. Aportando lo desarrollado en beneficio de sí mismos y de la casa nuestra familia vivirá por siglos hasta el final de los tiempos dispersa por el mundo y concentrada derredor.

—Dime, Filomena —sabiendo que le gustaba, me puse de costado y, pasando mi mano libre por la espalda, le apreté la nalga derecha, un poco más redonda y abultada que la izquierda, para arrancarle gorgoteos de carcajadas insonoras —. ¿Qué hay del tipo viejo de mirada maliciosa con el trébol en la boca?

—Transmitió sífilis por vía de mi madre o mi abuela o mucho antes en tiempos de Treponema Ehrlich Antibiótico y luego muchas, ya acostumbrábamos. Suerte. Fue a enterrarse en otras casas y la diáspora. Así debe funcionar el mundo. Sin sífilis no seríamos nadar en aguas poco profundas. No es bacteria, es lo que está dentro.

Las copas de los árboles se movieron, y una bandada de pájaros canoros sobrevoló nuestras cabezas pegadas por las mejillas.

—Dime, Filomena —le acaricié la otra nalga—. ¿Qué hay de aquél botero que transportaba al orinante?

—¡Ah! —dio un golpe a mi pecho con un grito, como aquejada de Tourette—. Ellos eran dos; organizábalo uno y el que ejecutaba nos trajo la lluvia. Gustábamos regar el sembradío de nuestras pasiones, por contrario a conocido, se abonaba después de crecido. Perdiéronse un día rojo y violento, sucio mangre, no saben nada de ellos. Su cultura perduró.

De pronto, a veinte pasos de nosotros apareció el sudado jardinero, con una tijera de podar abriéndose y cerrándose en su mano, apretando firmemente las mandíbulas, con evidencias de sentirse incomodado ante mi irrupción en sus dominios.

—Dime, Filomena —le metí la lengua en la oreja para escuchar sus hipos bobos—. ¿Qué hay de la mujer garfio?

—Gustaba castrar —dijo secamente, y esperó algunos segundos, como si los pensamientos le fueran tan intensos que estuvieran trabándole la lengua—. Mis primeros maridos quedaron como mujeres poseerla no era fácil. No sabemos si alguien le hizo atrás el permiso para la entrada del demonio, o ella ya había venido

demonio no remaba bien más que nada dominante así como vino un día se fue. Le teníamos mucho miedo. ¿Sabías que tengo ciento ochenta y cinco años?

El jardinero volvió a subirse a sus árboles, y quedó espiándonos, cerril, inseguro, acaso viniera corriendo en cualquier momento a empujarme, o a pedirnos que no pisáramos el césped.

—Dime, Filomena —fui más allá de lo permitido, besando sus labios, sabiendo que esto no era de su agrado. Entre otros disparates del momento, se me ocurrió que podría hacerle el amor a la gorda degenerada desde las plantas hasta la coronilla—. ¿Qué hay del tipo elegante, que no parecía botero a no ser por el remo?

—Sí... —apartó los labios—. Nos pensaba. Nos sostenía en su mirada. Hablaba y le creíamos lo que decía. Nunca remó. Nos entregaba el remo para que nosotros fuésemos los guías verdaderos de nuestras ruinas y de tocar arruináramos. En la ruina está la delicia mayor. Nos visita en nuestras mentes.

Pisando el suelo húmedo del arroyuelo, le indiqué a Filomena un

banco de piedra, para que fuésemos a sentarnos allí, y así me podría contar sobre el resto de los antiguos boteros, mientras desplegaba mis intenciones de hacerle el amor.

—Dime, Filomena —la abracé por el talle una vez que nos hubimos sentado, yo sobre mi nalga derecha, ella haciendo equilibrio con sus desiguales—. ¿Qué hay del capitán de navío?

—Él… —dijo un poco incómoda —. Nos trajo placeres con su dedo y encontró las condecoraciones que tanto ansiábamos. Zarpó un día lluvioso dejándonos atónitos en medio de diarreas pero él también tenía bastante como para lastre.

Lentamente, mi mano empezó a acariciar el muslo tembloroso de la locuaz idiota, deslizándose hasta encontrar la caída que llevaba al resumidero. Mi lengua buscó la suya, pero fue rechazada por palabras entremezcladas que forzaban la penúltima pregunta:

—Dime, Filomena… ¿Quién era la mujer sentada en la proa?

—¡Ahhh! ¡Jaj! Nos trajo las máquinas y los periódicos. Las revistas enseñaban acerca de tal y cual pero las máquinas dominaban

los espacios y se metían entretenían sin descanso…¡Ahhh! ¡Jaj!

Filomena me dio un empujón y caí al suelo ensuciando mi traje de botero, que se parecía al del ínfulas del cuadro pero no tan anacrónico, y sin cadenilla de oro.

—¡Sin violencia no! —protestó con una voz ronca desconocida, como si fuera un hombre—. ¡Sin violencia no! O acaso no sabes lo que sabemos que pretendes con esto. Tendrás que trabajar mucho si quieres la pared de los boteros. ¡Infame! ¡Te haré despedir intentándolo de nuevo!

Me incorporé justo a tiempo para esquivar al jardinero que corría a socorrer y consolar a su amante, pero no en la forma usual, sino que con las tijeras de podar le arrancaba mechones de pelo, le propinaba coscorrones con el mango, y con una rama de lo que había estado podando antes, le hurgaba por debajo del vestido. En parte Filomena se calmó, en parte me profirió una sarta de insultos, rematándolo con las explicaciones que le había pedido.

Sintetizando oraciones insensatas, entendí que los empleados, y en especial los que

alcanzaban el grado de botero, recibían instrucción y alicientes que provocaban su desarrollo espiritual, pero en el sentido inverso. Aparentemente, la perversión hacía brotar en cada nuevo integrante de la mansión una originalidad que era necesaria para unirla a las de los demás, no sin antes detenerse en extensos y agotadores rituales. Figuradamente, el fin último y lejanísimo de aquella perfecta locura, era crear la coherencia universal de una frenética armonía que sólo era inteligible si se podía disfrutar del más estruendoso ruido.

Creo que al final de ese paseo, en mi interior o en algún agujero, comenzó a crecer el deseo de conversión, y de aplicar el justo castigo a los que gestan el mal de quienes sólo aspiran al recto vivir. El hacha de la justicia debe empaparse de la sangre criminal cuando rebana la cabeza, y allí estaba yo, en mi incipiente rol de pensarme juez y verdugo.

Las paredes tienen ojos

Luego de una jornada con pocas exigencias, en la que la señora Rosalba se había limitado a hojear revistas de moda en vistas a confeccionar el traje para su velorio mientras yo le daba un par de vueltas por la piscina mayor, me dirigí a mi aposento. No sabía si la ama había estado todo el tiempo absorta por el próximo acontecimiento, o si acaso Filomena se había quejado de mi conducta abusiva.

Caminé con las piernas un poco cansadas, con los brazos colgando por mis flancos, por el pasillo que conducía al dormitorio, y empecé a sentir de una manera mucho más intensa las emociones que habían estado gestándose y creciendo dentro de mí, así como también se hizo casi palpable una especie de presencia… En el momento no supe cómo definirlo, pero era como si las paredes tuvieran ojos que me observaran, tratando de leer mis pensamientos,

y desnudar mis verdaderas intenciones, enmascaradas por la farsa de la obediencia. No sabría decir si eran los órganos de la mansión que funcionaban de forma autónoma, o si eran entidades individuales las que acechaban en los rincones, detrás de los objetos, en las sombras… Mucho después, pude tener la certeza de que en las maquinaciones, operaba el Chivo Blanco.

Abrí la puerta y me metí al dormitorio. En el cuarto de al lado se escuchaban algunos golpes, gritos y gemidos; con seguridad, las cocineras habrían organizado una fiesta lésbica, y se estarían atragantando. Pensé, desatinadamente, que se habrían confabulado para llamar mi atención, y así desviarme o quitarme de los discurrimientos que a cada instante alcanzaban mayor claridad, con una potencia que ya no me permitiría pegar los ojos. Eran voces que hablaban a mi oído y que, de alguna manera, estaban conectadas con una especie de energía interna que cuando no me hacía poner de pie y dar patadas al piso bufando, me sofocaba bañándome en sudor.

Podría pensarse que ya estaba loco, y que me estaba volviendo peor.

Miré los cuadros de los seis boteros donde se evidenciaba el espacio que carecía del séptimo, y parecía que sus miradas, más cercanas o más lejanas, estaban posadas sobre mí. Ya el maldito sifilítico con el trébol entre los dientes trataba de escrutar el plan que iba tomando forma; ya el vetusto ínfulas se dignaba a mirarme fijamente encendiendo su pipa y las alarmas; ¡ya todos los fantasmas de boteros de esa proterva casa clamaban por atención!

Luego, cuando conseguí serenarme, tomé un cuaderno y un lápiz, y empecé a plasmar por escrito, con palabras, dibujos y diagramas, la muerte ultraviolenta de todos los miembros de la mansión.

Antes del velorio

En un mes, que fue el tiempo que se requirió para preparar el velorio de la señora Rosalba, sucedieron pocas cosas interesantes. Un par de anécdotas, creo que templaron mis ánimos para asumir la cercanía y realidad de la muerte.

Conocí al marido de Filomena, quien retornaba de un largo periplo que lo había hecho fornicar con su ano por las principales capitales europeas. Si no fuera por el espantoso vicio, por la idea fija que tenía de querer probar la veracidad de cada objeto y de cada persona que conocía pasándoselo por detrás, hubiera sido un caballero encantador. Cuando hubo llegado el momento de comprobar si yo era real o no, ya con el pantalón de su traje por las rodillas, tuve que exigirle mejor comportamiento, y el acatamiento de la orden de aguardar hasta el día del velorio de la señora Rosalba, donde todo sería de verdad y nada quedaría prohibido por la mentira. Conforme con mis imposiciones, pues el invertido

gustaba de un hombre que lo dominara y le impusiera límites que incrementaran sus bajos apetitos, me invitó a que nos sentáramos en el enorme hall, él recostado en el sofá sin subirse los pantalones, y yo bastante más lejos en una poltrona pequeña pero muy cómoda. La decoración convenía a la aristocrática sobriedad, y los cuadros y fotos familiares que ilustraban las actividades de aquella gente hípica, golfista, amiga de grandes personajes políticos y también solidaria con los desposeídos, jamás harían pensar en un puñado de satánicos libertinos. Alzando un poco la voz para que pudiera escucharlo claramente, mesándose el bigote cada tanto, me contó, por ejemplo, que a las estatuas de Roma les faltaban largos y erectos penes; que la torre Eiffel le había parecido muy puntiaguda aunque de una dureza encomiable, y que su base podría contener un par de generosos testículos; había podido apreciar, en algún lugar de España, cómo las iglesias parecían hombres acostados boca arriba, con falos apuntando al cielo, prontos para entregarse a maratónicas orgías; en el Reino Unido, en el Big

Ben, no había visto otra cosa que la magnificencia de un pene afilado con un c… de reloj en su glande. Así estuvo por largo rato contándome de sus viajes, de los lugares que había visitado, los monumentos y sus evocaciones, y también la gente frecuentada, que muy contenta había quedado brindándole satisfacciones, quedándose con parte de su bolsa.

Otro día, los niños vinieron a jugar a mi dormitorio. Después de abofetearlos, comprendieron que no podrían propasarse conmigo, y decidieron sincerarse y tratar de establecer una amistad, que si no fiel, por lo menos les permitiera revelarme algunas minucias sobre sus vidas. Entre otras cosas, me confesaron que, por las noches, antes de dormirse y a la luz de linternas, se contemplaban mutuamente los orificios anales, escarbándoselos y jugando con ellos hasta que la modorra los embargaba. Pasaban sus días molestando al personal de servicio, jugándole bromas pesadas a la "gorda estúpida de Filomena" —a quien tenían pensado violar, sin importarles que fuera la madre—, respetando únicamente a "la vieja

maldita” —la consideración por la abuela Rosalba estaba fundada en el temor a la guillotina que utilizaba en sus rituales—. También me indicaron adónde habían sepultado a la niñera que misteriosamente había desaparecido hacía tres años, y cómo la habían torturado paladeando los gritos del suplicio, que terminó cuando la ahorcaron con un sedoso sostén de color marrón —los detalles de la prenda les contagió risas socarronas—. No escapó a mi atención, el que uno de los párvulos fuera deslizándose por detrás del respaldo de mi asiento, mientras el otro continuaba con la historia de envenenamiento con arsénico que tenían planeado llevar a cabo sobre un infante, pariente de poca estima; el acusado de bastardo como si todos ellos no lo fueran, venía a la mansión junto a la madre y… ¡Di media vuelta y atrapé por el brazo al pequeño satanás! Tendría un cortaplumas clavado en mi hígado, si no hubiera actuado a tiempo. Di una patada en el estómago al que me había estado entreteniendo, justo antes que entre ladridos, sus mandíbulas pudieran cerrarse sobre mi mano; una segunda patada, ésta puesta sobre

su cabeza, lo dejó fuera de combate. Al de la navaja, a quien no dejaba de sacudir para inhibirlo, pude desarmarlo con gran esfuerzo, pues realmente parecía poseso… Por suerte estaba abierta, así que no dudé en arrojarlo por la ventana.

Último paseo en bote

Después del castigo ejemplar que recibieron los niños, me gané la estima y confianza absoluta de la ama, de sus parientes incluyendo los propios niños que pronto abandonaron la convalecencia, y de todo el personal a excepción del jardinero, que seguía ofendido por mi intento de seducir a Filomena.

La mañana de mi último paseo en bote en la pileta central de aquella mansión obscena, transcurrió llena de alborozo. La señora Rosalba no paraba de contarme cosas acerca del velorio, cuyos preparativos habían finalizado satisfactoriamente, y solo quedaba esperar el momento exacto de su muerte para dar inicio a las ceremonias. Hizo alusiones a lo maravilloso que le resultaba la luminosidad del día, a los colores que impresionaban a poetas y a pintores, y cómo se perdía el tiempo contemplando la obra del Creador, pudiendo emplearlo en la adoración de los orificios bajos.

—Sea, señora —me limité a contestar—. A cada quien según lo que le conviene. Yo creo que todo encaja dentro de algo.

—Su badajo en agujeros míos —me cortó tajante, para luego regodearse en sonrisas y pequeños manoseos.

Me contó que el vestido para cubrir su cadáver sería de un negro que mezclaba el azabache y las cloacas; que habría invitados ancestrales que defecarían sobre los retazos rasgados por los familiares; que sus ojos serían extirpados por quien gustara llevar a cabo la operación, y que por los huecos que allí quedaran sería fornicada bestialmente; y también narró otras actividades bastante más macabras, que irían configurando y llevando a buen término lo que se suponía debía ser un solemne funeral.

—Botero, usted morir por nobleza de la casa, ¿verdad?

—Desde luego, señora.

Mi respuesta le satisfizo, sabiendo que sus presentimientos eran acertados desde el día en que me empleó. Luego soltó una carcajada, al ver que a lo lejos, a orillas de una piscina menor, el jardinero castigaba a Filomena caída

en el piso. Ésta se tapaba la cabeza como única defensa, ante la mirada indolente del marido y de los hijos. Solamente cuando comenzó a violarla con el mango de una tijera de podar, se interesaron en prestar mayor atención al espectáculo.

—Ese jardinero será siempre. Nunca será. En cambio usted, mi querido botero…

—Seré lo que usted ordene, mi señora.

El interés por la violación aumentaba en la saliva de las comisuras de sus labios. Giré el bote hacia una avenida de agua que conectaba con la piscina menor. Al notar la maniobra, mi ama se apuró en abortarla, alegando que hacía unos días una cocinera se había envenenado al tratar de envenenarlos, y debieron tirarla al arroyo que corría muy cerca del lugar donde se desarrollaba la escena, por lo que había un olor insoportable. Aunque los niños gustaban de ir a jugar con el cuerpo en descomposición.

—Mi querido botero. Sorpresa que usted imagina.

Cuando uno tiene claro qué es lo que va a hacer, poco importa

entender o no, lo que los demás le digan.

Preparativos para el velorio

A la tarde siguiente, falleció la señora Rosalba. Quedó tendida boca abajo en medio del vestíbulo, con el trasero levemente levantado como si le hubieran puesto un pequeño almohadón por debajo. Enseguida sospeché que alguien la habría encontrado muerta y la había depositado allí, modelando la forma para que el rigor mortis fuera favorable a una teatralización más impactante.

Algunos empleados, cuya función nunca llegué a conocer, pasaron hasta la madrugada repitiendo llamadas telefónicas. Filomena no paraba de correr por toda la casa, exclamando: “¡Llamadas al más allá!” Cada tanto, el marido la abofeteaba a ella o algún empleado, diciéndole a su esposa que ya sabían lo que había que hacer, y a los empleados, que pusieran mayor empeño en sus comunicaciones. Fue la primera y única vez que vi a los dos engendros demoníacos sentarse quietos sobre

el sofá frente al cadáver, llorando desconsolados por la pérdida de la vieja maldita.

Nadie deseaba pasear en bote, así que me retiré a mis aposentos llevándome un remo, aburrido, esperando a conocer en qué terminaría aquella tontería. Como el sueño hacía ya mucho tiempo que había escapado por mis ojos enrojecidos, me puse a afilar el cuchillo con el que tenía pensado matarlos, mentalmente dándole los últimos retoques a mi gran plan.

Antes que cacareara el jardinero subido a sus mandarinos, me di cuenta que la noche se había extendido más allá del tiempo; que era más intenso el todo; que era como las primeras gotas de lluvia que despiertan el éxtasis del reino vegetal, pero al revés; que las ondas que chocaban el bote amarrado a la pasarela sonaban a cadenas; que en el umbral de la puerta de mi habitación, el marido de Filomena aparecía moviéndose apenas, dubitativo, sin animarse a entrar, o haciendo las mímicas que gustan hacer los maricones.

—Tengo una noticia para darte… —por fin se animó a hablar —. Eres el Botero. Elegido. A la

perra no la consideran mucha cosa y vendrán pocos. Una mala y una buena.

El Velorio

Poco antes de medianoche, uno de los empleados que había estado haciendo continuas llamadas el día anterior, me comunicó que acudiera a la habitación de la señora Rosalba, donde de inmediato se daría inicio al velorio.

Estuve tendido sobre mi cama durante media hora, contemplando el techo, escuchando un sonido que partía de mis oídos para recorrer mi cabeza, y era como un trombón que soplara tres o cuatro notas, carente de ritmo. Pensé en mis lamentables actividades en Sinitalia, y la inmensidad de atropellos que debía cometer antes de sellar el pasaje de regreso. En algún futuro lejano, yo gozaría de un profundo estado de paz. Así como a aquello que se le proyecta luz produce sombra, mi estado de virtud se asentaría sobre un colchón de masacre y destrucción…

Me paré, tomé el remo, salí del cuarto y caminé por el pasillo hasta una escalera que conducía hacia el piso de la habitación de la difunta. Tuve la sensación de que alguien me

estaba observando, quizás, filmándome.

Una cocinera iba subiendo justo delante de mí, y no se enteró de que sus piernas fueran abrazadas, su cabeza diera contra un escalón, y la mitad de su cara quedara estampada en la suela de mi botín. Un empleado, que atónito contemplaba la escena desde lo alto, quiso huir a saltos como en una antigua película de cine mudo, mas la filosa pala del remo en la base del cráneo truncó la carrera.

Y el olor de la sangre estalló en mi nariz, decuplicando la dureza del remo. Este instrumento latía como un corazón de hierro. Era un garrote en su pértiga, espada y broca en los extremos. En el instante en que me disponía a estaquear al empleado de cara como pálidas nalgas, fui chistado por el populacho que salía del cuarto del velorio, y entre chistido y chistido, más flashes de cámaras fotográficas y oraciones que invocaban a algún demonio, fui perdiendo mi identidad.

Ahora, no puedo más que unir fragmentos, ora vividos por mí, ora por otra persona.

…Estaban exultantes. Correteaban y gritaban como niños

instigadores, exclamando palabras que no paraban de acicatearme. Se pellizcaban entre ellos, y se empujaban tratando de tirar a alguien frente a mí, señalado con los dedos, fotografiado.

Caminé lentamente hacia la habitación. Mis suelas producían un eco de duras pezuñas. En un espejo en la pared, pude verme de cuerpo entero en traje de fajina, aferrando el enorme remo… Pero no era yo quien bufaba. Era algo que tenía largos dientes amarillentos; algo, de cuyos parietales partían sendas guampas puntiagudas, humeantes; algo, parecido a un toro enfurecido… Luego, el aire se puso oscuro y rojo como en una pieza de revelado, y corrieron imágenes fugaces entre tiniebla…

A la cama, cuya cabecera tenía tallado un chivo pintado de blanco, la tomó por las astas, haciéndola sonar como un terremoto. La vieja cadáver, saltaba tiesa pero contenta en su muerte. Se abrió una puerta de la pared, y apareció el marido sin cabeza, Filomena apuñalada con sus hijos ahorcados, ansiosos y babeantes, los dedos rascándose los c…, llevándoselos a las narices extasiadas como frasquitos de

perfume. Terminada la veda, los empleados copulaban salvajes, enristrados, pidiendo socorro.

—¡Ponga así que parece un velorio! —gritaba la señora Rosalba.

La familia de gran estirpe y su servidumbre, veintiocho fieles pasando en orden aleatorio por el remo o las guampas. Un solo sacerdote bramante, trajinaba y escribía con regadera inflamable sobre una pirámide de cadáveres.

Apóstol, antes de abandonar el dormitorio del velorio para que los cuerpos se quemen, fíjate cómo el chivo de la cabecera arregla las almohadas y escupe, haciendo ese sonido de gong…

Entonces, recuperé mi identidad y hube de huir. Dejé a mi buena empleadora, radiante en su velorio, recostada a los pies de otros pies, la boca abierta para seguir tragando felicidad enferma. Las otras criaturas, también inmóviles pese al esfuerzo de mantener el equilibrio, parecían pequeñas barcas llenándose con pelos de toro que caían de la pared como una fina y cosquillosa llovizna en medio de las nubes de humo.

Aquellas imágenes religiosas de feligreses mudos daban vueltas

en mi mente, y cuando ya se empezaban a desvanecer con el resto del espectáculo, soltó el chivo un ruido de motores. Estaba junto a mí, y me pedía que lo guardara en un frasco.

Sesenta años después

Si usted ha llegado hasta aquí y se ha aburrido, no quiero traicionarlo y le voy a contar el final, para que no se tome el trabajo de leer el resto.

Me fui con lo robado en la iglesia de los enanos y en lo de la señora Rosalba, además de otras casas por el estilo en las que estuve después, que me dieron similar rédito. No siempre pude conservar la bolsa, y muchas veces debí empezar de cero. En la peor casa, dejé al chivo pintado de blanco dentro de su frasco pero sin tapa, pues él así me lo pidió. Pero este detalle confuso pertenece a una historia muy peculiar, que tal vez valga la pena ser contada en la oportunidad que el ocio me lo permita. No haré digresiones acerca de la amistad que entablamos, ni de las interminables anécdotas que me contara durante los viajes y las estadías en los hogares de mis empleadores, aunque en su debido

momento quizás me retracte. Pagué mis cuentas pendientes, alquilé cerca de la costa Toscana una casa con amplio patio y buena corriente de aire, y me senté en un sillón de terciopelo entre negro y morado, que después cambié por turquesa. Sentado, aceitunas al coleto, copas de vino y licor, gentiles cigarros manufacturados, pasaron más o menos sesenta años…

Y si ahora dejo libre mi memoria, la segunda, la verdadera, la que colorea por su cuenta pero ofrece mejor vista, es porque la casualidad puso ante mis ojos los recuerdos de las vueltas en bote. Me vinieron pensamientos rápidos, deseosos de ser lentos, y la síntesis de un mí mismo que para entender su jerigonza y como si supiera adónde iba, exigía ser escrito.

Más viejo que caduco, no estoy llamado a contar historias. Sin embargo lo he hecho, y de verdad, equívocamente seguro de que nunca me encontraría plenamente con aquellos chapaleos de remos, que creía apagados para siempre. Al principio, soñaba con el agua que había tenido demasiado amontonada en mi cerebro, con presagios vagos,

los detritos de las señoras Ludovica y Rosalba confundiéndose con tranquilas meditaciones o en forma de conversación en voz baja. Después, me abandoné a la ineptitud de mis manos que lo único que hacían era correr y dejar libre como un sonido de gong que escribiera. Por fin, y en un orden no sé si bien establecido, dejé que el agua lavara y se llevara lo que a nadie interesará.

Antes de lo último y postdatado, no habiendo encontrado lugar propicio para hacerlo, reproduzco las líneas que mi querido amigo rascara con sus pezuñas:

"Le comento que el día en que lo vi, traía los párpados bajos y aparentemente todo timidez; pero en realidad era atrevido y le tomé simpatía y quise que me acompañara durante este tiempo, y sin usted no hubiera contado con nadie a quien dejarme en este frasco a través de las edades, así que le agradezco su compañía. Por si acaso le significa algo, repito lo que le dije a un viejo amigo: 'Si a usted le ocurriera escribir todo lo que le he contado, cuente estas palabras, que

no son más que las palabras del horrible chivo pintado de blanco’.”

Tal vez habré sido cruel en tierras ajenas, demasiado oscuras y húmedas, pero creo no equivocarme en afirmar que no fui del todo yo quien abusó de mi imaginación y se adueñó de mis actos… En fin, nadie administra justicia.

Adiós y que sea feliz.

¡POR SIEMPRE BOTERO!

El anticuario

Sépase que el honesto trabajo no conduce a fortuna. El ahorro destinado a saldar cuentas, disimulado en un doble fondo de la maleta junto a un frasco, no alcanzaba. Esta evidencia, me llevó a seguir bregando por un retorno si no glorioso, por lo menos humilde a Italia, la bella. Paré con las suelas despegadas, el saco raído, una bolsa de arpillera con objetos disímiles, el sombrero de pajilla que todavía echaba un poco de sombra, en un remolino de calles sucias y oscuras circuladas por gente de mal vivir, cerca del puerto.

Los bloques de piedra de la fachada estaban cortados con precisión de relojero y aparejados en incógnita; orines y manchas de intemperie y mugre, sabrían lo vieja que era la obra; dos ruedas quitadas a algún carro y amuradas, parecían ojos; un cartel de chapa, pintaba el ramo del negocio sin nombre propio; el dintel era una maraña de hierro forjado; abajo, puertas dobles de madera rojiza, descascaradas, habían cerrado los postigos. El

marido de la señora Ludovica, pastor de enanos, me había dado la dirección de un anticuario. Subiendo tres escalones, golpeé con fe mis nudillos, para aferrar los remos nuevamente.

Nadie atendió. Volví a golpear. Esperé. Cuando fui a llamar por tercera vez, algo se movió allí dentro. Eran pasos, o alguien estaba corriendo muebles pesados. Después de un silencio, se escuchó el metal de los pasadores. Una llave giró, y la hoja derecha se abrió para que un ojo de búho se asomara por la rendija, vigilando en el nido de una barba espesa.

—¿Qué querer? —preguntó la voz del ojo.

—Me manda el señor Salazar. Hay cosas que quiero vender.

—Estar cerrado —parecía escupir palabras con cierta dificultad.

—Vendo muy barato.

—¡Fuera! —el ojo desapareció, y mi zapato interceptó el portazo.

—Necesito dinero y vendo barato.

—Maldit… —la voz apenas se alteró, pero sonó como un puño.

—Barato —sacudí la bolsa de arpillera. El buen músico distinguió

metales nobles como notas de un oboe.

Adentro estaba muy oscuro. Allí se gestaba la noche, y no le faltaba más de una hora para nacer. Cuando aquella materia negra estaba por tragarme, se encendió una cerilla a unos pasos del umbral. Se formó la vela en una palmatoria, sostenida por el anticuario. El viejo tacaño no pagaba luz eléctrica, o se la habían robado, o nunca había llegado a ese barrio, al igual que el decoro.

—Poner ahí —dijo el brazo iluminado, reservando el otro detrás de la espalda.

"Ahí" era un mostrador largo hasta donde alcanzaba la vela, vetusto igual que el dueño, con el mismo olor a ataúd. Vacié la bolsa. A la cara, sólo le era permitido mover los ojos. Bailaban en sus cuencos con alegría codiciosa, temerosos de ser descubiertos.

—¿Nada más? —la boca tapada por una cortina de pelos fingió indiferencia—. ¿Para esto molestar? ¡Fuera! Tener trabajo.

Como me iba acostumbrando a las tinieblas, vi el corpachón envuelto, abotonado del cuello a los pies. Su mano escondida había

aparecido portando un bastón con pomo de plata. Inspiraba inmerecido respeto. Sería la dificultad de empujarlo y tirarlo al suelo.

—No me iré hasta el final —sostuve la mirada que dejó de bailar.

—¿Valiente? —la palabra era ondulada y filosa.

—Lo suficiente para ser botero.

La respuesta lo recorrió por dentro, moviéndolo, acaso también respiraba.

—Botero, ¿ah? —con la punta del bastón revolvió las mercancías—. ¿Cómo conseguir ésta?

—Remando.

—¿Collar perlas? —le hizo un ocho—. Ser dama mucho rica.

—Obsequio de una empleadora.

—Entiendo.

—¿Cuatro pezuñas? ¿Cinco brazos? —le dio vueltas a un candelabro.

—De una iglesia de infieles.

—¿Ah? —se mesó el babero.

Del interior de su abrigo extrajo un monóculo. Se inclinó sobre el mostrador, y éste le tocó el ombligo.

—¿Monedas? Mucho países. Mucho viejas.

—Los invitados las arrojaban a las fuentes.

De entre las monedas, apartó la medalla de un musculoso remero, arrollado y afirmado sobre los remos.

—¿Ser personal?

—Fui el séptimo botero en una casa importante. También me pintaron un cuadro que no conservo.

—Buen botero. ¿Ah? ¿Libros viejos? —apartó un trío de libracos. El antiguo dueño les atribuía gran valor. No se conseguían en ninguna librería, y permitían a los entendidos asomarse a otros mundos, tanto como les zumbaran sus cerebros.

—Me los regalaron porque les tenían miedo. Con ellos se hacen prodigios.

El anticuario rapaz puso una mano sobre ellos, y burlándose o no, dijo:

—Tranquilo, muchachos… Bueno muchachos. ¿Y la muñeca rara? Malo forma.

—Enana.

La sacudió de una patita, y la tiró con desprecio. Recogió un cuchillo y se lo entregó a la nariz.

—Herrumbre, sangre. Firme, bueno puño. Algo pesado. Tener equilibrio.

—Sirvió a un gran cocinero.

—Curioso, botero. Curioso —calculó—. No doy más mil pesos. Ser todo.

—Vale veinticuatro veces más.

—Doy dos mil. O ir y no volver. Libros criar polillas, collar buscar policía. ¿Entiendo?

—Necesito trabajar.

—¿Ah? ¿Tener familia, botero?

—Tengo deudas. Es lo mismo.

—Ya ver. Ustedes aparecer abierto como pescado. Flotar ahí abajo en puerto.

—Por ahora sigo remando, señor.

—No confiar en usted.

—Tengo buenos brazos —el matusalén me asió uno con su mano. Parecía una tenaza.

—No saber si usted poder remar.

—Sí puedo.

Después de estudiarme, meditó unos segundos.

—¿Tener miedo?

—Tengo muchas vueltas en bote.

—¿Estar seguro no tener miedo?

—Seguro.

—Bien, botero… ¿Aceptar probar valor?

—Acepto.

Levantó una solapa del abrigo, deslizó la mano por dentro como si tuviera un cofre entre sus tripas, y sacó y agitó un rollo de papeles que parecían billetes de banco.

—Cinco mil pesos. Venir mañana. Ya ver.

—Quiero empezar ahora.

Sus ojos entrenados en el silencio, susurraron que era mejor de lo que esperaba.

—Haber poco boteros. Usted tener voluntad. Necesitar trabajar… Si no renunciar tercer día, trabajo ser suyo. Dar bueno dinero. ¿Aceptar?

Por pacto, extendió su mano de uñas largas, sucias de rascar centavos.

Primera espera (Pero si esto es un calabozo)

Detrás de cortinas y trastos que el anticuario descorrió con una brazada, había un pasillo en media luna con tres puertas cerradas. Abrió la cuarta con una antigua llave, y la quinta permaneció como las tres primeras. Antes que la oscuridad terminara por ahuyentar al pabilo, mi acompañante me hizo pasar al recinto, y se apresuró a darle tres vueltas de llave.

—Mejor trancar por dentro. Como ser afuera, ser adentro, pero mucho peor.

El negro no es un color, es un estómago hambriento. Y yo quedé dentro de él, tanteando su puerta de sólidas tablas remachadas que no dejaban resquicios. Entre metal y madera descubrí dos planchas de hierro, a la altura de mis ojos y de mis pies, que podían ser ventanillas. Dejé la maleta en el piso. Arañé la pared de ladrillos, ora áspera, ora peguntosa de telarañas.

Investigué poco. La suerte, que últimamente me mostraba su cara agria, quiso que tropezara con una caja de fósforos, una vela, y la pregunta de quién habría puesto eso allí. Quemé la mitad de los fósforos hasta poder encenderla. Paulatinamente, como empujando contra el destino, alumbró un alojamiento circular, abovedado, polvoriento, habitado por arañas. A dos pasos, un jergón me convidó al sueño. Estaba demasiado cansado para dar importancia a una tapa en el suelo con pasador de hierro, que tendría vital importancia.

Antes de ser botero, había conocido varios calabozos, y éste no se diferenciaba en lo poco que había para ver. Con un soplido dejó de luchar la vela, y caí en la insensibilidad del color predominante.

Cuando estaba por descansar poco y dormir nada, un chirrido oxidado me sacó de ese estado insulso, de vela soplada, en el que no había nada que perder ni ganar. Eso trajo un olor raro, que no era el de décadas abandonadas, y que me obligó a encender la vela. En la ventanilla inferior de aquella

habitación sin tiempo, había aparecido una bandeja con comida.

Pan dulzón y un vaso de vino, acompañaban al suculento plato de tallarines. Sin reparar en buenos modales, rendí honor a la bandeja, y la devolví para que la mano servicial la retirase en algún punto de la noche eterna.

Rato después, cayendo sobre el jergón un poco más hospitalario, escuché un ruido de motores. Eran como tractores abriendo surcos. Luego, resortes saltando. Bombas hidráulicas trabajando con el abrir y cerrar de compuertas que conectaban misteriosos pasajes, como los canales subterráneos de una de las casas en las que había trabajado.

Corrí hasta la tapa en el piso, quité el cerrojo, la abrí, y, sin investigar su profundidad, regué de pantanos aquel agujero. Tal vez mi estómago, en los últimos días de peregrinaje, resignado al hambre perpetua, había olvidado comer un plato decente. Estafados, los intestinos, que piensan mejor que un cerebro, escupieron la dádiva y se deshicieron de todo aquello.

Aliviado pero no repuesto, repté hasta la cama sin otro deseo

que el de dormir o morir, tanto daba el ardite de mi vida para mí mismo.

Mucho después, fueron llegando a mis oídos lamentos o suspiros, que atentaban contra la simpleza de quedarme dormido. No eran motores. No era el ruido de mis tripas. Eran, prestando mayor atención, como los gemidos de alguien que saborea algo exquisito, tal cual se da en las casas de placer salvaje. Y provenía del agujero.

Segunda espera (La lucha interna)

Las palabras del anticuario aún sonaban en mi cráneo. Sus oraciones regateantes, me traían recuerdos de las casas malditas adonde había trabajado antes, siempre visitadas y revisitadas por extranjeros, cada cual más degenerado. Primero pensé que cambiaba las letras a su parecer, pero después me di cuenta que seguía un patrón, elaborado como si hubiese robado vicios de diferentes lenguas, repartiéndolos, mezclándolos, erigiendo un español espurio. Pero al menos, el viejo hablaba y con un poco de esfuerzo se le entendía. No era el caso de la mayoría de los sujetos con quienes había tratado en Sinitalia. Ellos, para comunicarse, cuando no lo hacían a través de orgías o de símbolos religiosos, recurrían a un español torpe, entreverado, cuando no irracional. Sus lenguas eran serpientes que se enroscaban y copulaban para poner huevos de frases contrahechas. Les fascinaba

entenderse en formas ininteligibles para mí, que terminaba resignado a la sordera, a no pensar, a seguir remando. No entender el lenguaje de los turbios, no saber expresarme, no disponer de los medios necesarios para una vida remota y contemplativa, hacía crecer en mí, ideas como la de la palmeta y las moscas: Yo era la palmeta, y ansiaba aplastarlas.

El chirrido en la ventanilla, me quitó del ensimismamiento. Una débil luz exterior entró dándose golpes por el recinto, antes de convertirse en penumbra. Alguien había vuelto a poner la bandeja, con igual contenido. Mis tripas protestaron, decliné probar bocado, y al vaso de vino lo reemplacé por el recuerdo de haber tragado tanta agua. Pero los intestinos son forajidos, y se sublevaron ante el aroma de la comida, obligándome a volver al agujero.

En dos movimientos abrí la tapa y bajé mis pantalones. No fue torpeza lo que hizo marrar al objetivo, ¡sino el sujeto que estaba allí metido! Era pálido y viscoso, como los animales que viven bajo tierra; sus extremidades finas y largas como de araña; sus

movimientos suaves y bamboleantes, acompañaban la brisa que soplaba desde el agujero; la nariz chata, poseía dos hoyos que olfateaban enfebrecidos; los botones inexpresivos de sus ojos, no se dirigían a los míos, sino hacia la parte trasera de lo que había dejado al descubierto mi pantalón caído.

El maloliente me saltó encima, trenzándose a mis piernas con las suyas, valiéndose de sus frías manos para tentarme las nalgas. Monstruo blando, se aferraba duro como la babosa debajo de una baldosa. Ventosa en el tentáculo de un pulpo, su trompa apuraba los sitios embadurnados como una mosca golosa, reservándose para el postre la máxima fuerza succionadora.

Reaccioné al ataque rodando sobre mí mismo con el pegajoso encima, a puñetazos ineficaces en la cabeza sin cerebro. Girando por el calabozo, llegamos a la bandeja con la pasta que voló regando pan y vino. Evidentemente, el tesoro que buscaba no era plato humano. Si no revertía pronto la situación, sería desecado a través de mi ano. Pero estaba escrito en el burlesco libro de la vida, que no sucumbiría por tal extremo, y que me valdría de la

bandeja para hacer mella en lo que podría ser nuca de la criatura.

Brotó un chorro alquitranado de aquel tubo gomoso, al tiempo que las extremidades vencidas se fueron aflojando. La trompa seguía latiendo ante el botín perdido, a un compás que terminé por apagar de un zapatazo. No cabía mejor sepultura que su propio hogar. Inmigrante indeseado, doblé su cuerpo y lo crucé por la frontera.

Por suerte, el jergón permaneció incólume. Exhausto como al fin de una jornada paseando libertinos, me dejé caer sobre él, para ser sobresaltado por un grito. Era como el aullido de un hombre, que fue agudizándose hasta convertirse en el chillido histérico de una mujer.

Tercera espera (Desfile de fantasmas)

Reinó el mayor silencio.

Desde un sueño sin habitantes, fui despertado por el dúo de ventanillas, más tres vueltas de llave. No había bandeja con tallarines, pan y vino, sino una silueta que trajo el denso recuerdo de la señora Ludovica, antes de desvanecerse.

Me acerqué a la puerta para interpelar al guardia que ya se marchaba por la izquierda, pero fui interrumpido por el grito que empezaba siendo hombre y terminaba mujer. Una idea vagabunda, hizo que me acordara de las palabras del barbudo, que me aconsejaban trancar con barrote.

Por la derecha, apareció corriendo y jadeando, bañado en sangre y sudor como un cristo, el de los alaridos. Se detuvo petrificado, señaló hacia donde se debió haber marchado el guardia y volvió a encender la sirena. Si alguien lo

venía persiguiendo, y si alguien le obstruía el paso, su única alternativa era mi celda. Se quiso entender a patadas y puñetazos con la puerta que cimbraba, pero que se cuidaba de las embestidas gracias al barrote. Si ese rostro pudiera acomodarse un poco, podría haberlo visto en algún espejo, con la sorpresa de encontrarme con alguien inesperado.

—¡Usted! ¡Usted ahí en sombras! ¡Abra! ¡Por favor! —se aferró a la ventanilla alta, acaso quisiera pasar a través de ella—. La única posibilidad debe ser aquí… ¡Abra! Yo estuve ahí… —parecía envidiar mi libertad invertida—. El judío traidor me prometió suerte interminable. Me hizo remar mil ríos para entregarme a los demonios. ¡Maldito sea! ¡Abra! —dio una coz brutal—. Le pasará lo mismo que a mí —emitió una risa gorgoteante—. ¡No!

“¡No!”, gritos destemplados y llanto, se unieron para recibir una caterva de gente disfrazada de fantasmas, que en un pestañeo se lo llevó pataleando por el sitio desde donde había venido.

Comiendo con el barbas

La cocina resultó estar al lado del calabozo. Hasta allí fui guiado por el resplandor de tres velas sobre una mesa de madera sin mantel, servida hasta la saciedad y sin orden. El barbas aguardaba en el lateral que quedaba de frente a la entrada, acariciándose el pelaje de la cara y señalando mi asiento en la cabecera. Antes de sentarme vi que el piso era de adoquines, y esto me hizo pensar que por allí había pasado alguna vez una calle.

—Felicidad, botero —saludó sonriendo el hueco peludo—. Pasar prueba, estar contratado. Sólo bueno te espera. ¿Entiendo? —volvió a sonreír, o quizás aquello era una mueca.

Había frente a mí un plato de puré humeante, con una gruesa chuleta por compañía.

—¿Gustar papa? Antes alargar miseria campesino holandeses —hizo una pausa como si recordara algo, acaso holandeses muertos de hambre—. Carne hacer bien

músculos —se palpó la sotana a la altura de los brazos—. Papa tener sal, pimienta, seso borrego.

Probé un poco. De la carne aún manaba sangre, y el puré tenía gusto a cartón.

—Sirva pan, queso, vino —soltó una hogaza y una rebanada que parecieron salir de su manga, empujando una copa llena de lo servido en el calabozo—. Así comer artista. Usted ser artista remo.

Probé de cada uno para darle gusto, pero el pan era chato, el vino rancio y el queso de sus medias usureras.

—Coma, botero —se entusiasmó su cara de búho—. Coma todo —destapó una fuente con carnes sazonadas—. Usted ganar. Merecer esto. ¿Entiendo?

Todavía no era tiempo de ser descortés. Le seguí la corriente tragando aquellos pájaros muertos.

—Comer abundante, distinto. Así comer mundo —infló la buzarda —. ¿Ah? Conocimiento.

Continué comiendo y escuchando intermitentemente aquella perorata que muchas veces terminaba en trabalenguas, hasta que me harté y hablé por encima de sus platos:

—¿Qué fue eso de fantasmas y gritos?

El gabardinas hizo silencio. Subió y bajó la buzarda con su risa de inflador, y contestó con demasiada corrección, como si sus palabras salieran de alguien que no era él, o que le dictaba lo que tenía que decir:

—Actores, muchacho, contorsionistas... Nada más que artistas de la tramoya bajo mis órdenes, intentando que llorases como un niño con miedo, a quien ha abandonado su mamá. Pero realmente has demostrado ser por encima de un hombre, un verdadero botero.

En el momento en que giró aquella cabezota, que podría dar otro cuarto giro, o medio más, justo cuando hundió un enorme cucharón en la sopera blanca con dibujos de verduras azules, pensé: “Miedo... Maldito búho barbudo, vas a sentir miedo cuando te meta el remo por debajo de esa sotana, y te clave en esta mesa como otro asqueroso plato más.”

—Sirva sopa, amigo botero. ¡Ucrania! Mucho col —aquí empezó a venirle la risa de inflador—. ¡Para

que cuando remes, tus pedos retumben en toda la caverna!

En el aposento del botero

Después de observarme cómo masticaba y tragaba desconfiado, mi patrón se calzó un gorrito en la crisma. Sosteniendo él una palmatoria y yo la maleta con mis pertenencias, me guio hasta el aposento que ocuparía mientras no me hartara de aquella casa más pobre y oscura de lo imaginado.

Había algo bajo mis pies, como la sensación de que aquella mentira era enorme, envuelta en un número reducido de habitaciones. Pasamos frente al calabozo donde había estado recluido entre arañas; luego, por un rectángulo donde divisé el primer escalón de una escalera que caía en picada hacia un abismo; y al fin, sin haber dado más de doce pasos durante el trayecto, el judas abrió una puerta y me entregó una llave. Las escenas de este sucio teatro cambiaban sin dejar el tono opaco, y siempre había un mismo telón de fondo, negro.

—Tal vez necesite algo de privacidad, después de todo —puso

la palmatoria en mi mano—. Puede que se aburra cuando no reme. Aquí no hay mucho para ver, y los actores no gustan de los curiosos —el kipá me desconcertaba cada vez que hablaba como una persona normal. Tal vez me habría estado tomando el pelo, cuando se despachaba con las adivinanzas de sus frases entrecortadas.

Ante mi silencio, se despidió diciendo que volvería para cuando tuviera que remar. De algún chiste se habrá acordado en su retirada, en cuanto su risa empezó a sonar por los agujeros de la casa, hasta que dejó de darle fuelle, y se fue perdiendo en un eco interminable.

La pieza olía a murciélagos. Por miseria poseía cama, ropero, y un par de remos de palas cortas cruzadas en un rincón. Quizás, a los actores se les daba por seguir con sus juergas, y me vendría bien un barrote. Ante su falta en aquella habitación demasiado similar al calabozo, me ocupé de echar el par sobre los hierros que los mantuvieron horizontales y ajustados a la puerta. El ropero estaba en buenas condiciones pese a la humedad, y su pintura aún se mantenía firme. No tenía cerradura.

Al abrirlo, dio un largo quejido, mostrando un tamaño desproporcionado para guardar dos pares de remeras rayadas, pantalones azules y zapatos negros, aunque allí todo tendía al pardo. Parecían confeccionados a mi medida. Aproveché uno de los estantes vacíos para colocar mis pertenencias, y me tiré en la cama que rechinó en cada encastre, a cada respiración.

Cuando los crujidos de la madera se apaciguaron, una especie de ruidosa alarma me tumbó del sueño despierto: Tal vez el comemierdas no era contorsionista como había dicho el solideo, ¡y hubiera otro debajo de la cama!

Me eché sobre los adoquines pronto para luchar contra el monstruo. Pero no había comemierdas, ni excusado que lo cobijara. Como un símil de mis sueños, aquel vacío parecía emitir débiles pulsaciones. Aguzando el oído, escuché como un goteo constante, y luego varios más, y más, hasta formar un hilo que se ensanchaba hasta el torrente cayendo en cascada…

Debajo de aquella maldita casa adonde había llegado para remar, debía correr mucha agua.

Hacia el abismo

Tal vez dormí. Durante lo que duró el reposo, escuché pasos pesados en el pasillo. Los actores andarían husmeando por ahí. Pensé en un carro con ruedas como las de la fachada, o en una bola de piedra, o en trapos con algo dentro. Finalmente, fui despabilado por el llamado del judas, siempre envuelto en su abrigo, gabardina o sotana. Golpeaba la puerta con la aldaba de su mano, y su voz se multiplicaba en ecos que agregaban palabras a lo no dicho:

—Rápido, botero. ¡Mucho trabajar!

—Rema que te rema…

—Falta poco…

—Hora llegar…

El gabardinas y un farol a kerosén, los dos remos barrotes y yo, nos internamos por el agujero contiguo a la habitación. No me equivoqué al suponer que se trataba de un abismo con escalera, un intestino retorcido y arrugado. Cada tanto, sotanas me miraba, quizás creyera que aquella porquería de domicilio me amedrentaba, quizás

para adivinar mis intenciones. No se me ocurría otra idea que arrojarlo con un buen empujón, y que su gorrito le recogiera los sesos en el último escalón. Si es que alguna vez tenía fin aquel endiablado descenso empedrado.

Y lo tenía, formado por un muelle de tablas clavadas sobre vigas robustas. El saliente de una de ellas, servía de amarre al bote que esperaba por mis brazos cansados, olvidados del oficio. Pero no pude ver nada más, porque el anciano usurero y tacaño, apagó la luz. Murmuró en su jerigonza, en tono solemne para que sonara a verdad, como se hace en cualquier iglesia. Aunque nunca entendí el truco, de a poco la oscuridad se empezó a convertir en gris plomizo, con destellos aquí y allá, que hicieron de la caverna una tripa inmensa. Sotanas bajó los brazos, que habían estado alzados hasta el fin de la perorata:

—Tu poder asoma en todos los agujeros.

Dicho esto, se dio vuelta o torció el pescuezo. Escrutador de rostros, quiso sonsacarle al mío qué me había parecido el estúpido

charloteo. Al no obtener respuesta, conminó con un ademán:

—Botero a tus remos.

Luchadores en chumaceras, estabilicé el bote para que subiera el pope de la caverna grisácea, y sentados cada cual en su sitio, dejé que me guiara por el agua. El líquido sabía qué hacer, y me fue llevando casi sin bogar.

Permanecimos en silencio, él siguiendo el norte con su cabeza de búho girando según los recovecos del río, yo limitándome a memorizar el recorrido por si el regreso me tocaba solitario. Por suerte, el destino se acortó en una playa con rocas enormes al fondo.

Impropio de la edad, saltó ágil a la arena diciendo:

—Esperar.

Y se marchó hacia las rocas en donde desapareció. Se me ocurrió que allí estaría el sótano de la casa del vecino. Ante lo absurdo, opté por no tomarme las cosas en serio, estar listo para partir el cráneo al judas y tirarlo en aquel río silencioso. Más allá de la vista, no desapercibida al oído, se lo tragaría una cascada. ¿Qué vendría después de la cascada? Parecía que las cosas allí no tenían fin. Pero antes, debía

descubrir los escondites donde el avaro guardaría el producto de sus latrocinios. Lentamente empecé a olvidarme de gabardinas y sus misteriosos quehaceres…

Hasta que apareció sentado en el bote, y tuve que remar de regreso, a remo duro, bastante más que a la ida.

—Tener bueno pesca, botero —sacudió una redecilla repleta de mojarras—. Ser mucho…

—Oiga —le corté su chismorreo de pescador—. ¿Qué fueron esos destellos, y gente espiando entre las rocas?

—¿Ah? Preguntar mucho estar mal, botero. Saber, ser triste. No saber, ser feliz. Ser fuego artificio. Ser actores. Ahora remar.

Antes del muelle, en algún punto del mudo regresar, el pope de la caverna habló sin mover los labios, mirándome fijo:

—Vas muy rápido y hacés muchas preguntitas para ser un botero mugriento. Ya va siendo hora de que conozcas a mi hija.

Tres muertes para Ahasverus, y una aparición inesperada

Me limitaba a estar acostado, ir a comer cuando me llamaban, remar. Demasiado cansado, no reunía voluntad suficiente para matar y robar todo lo que pudiese, huyendo de aquel sucio agujero en el suelo con una casa de antigüedades encima. Durante cada jornada, pensaba que se me saldría una pierna, un brazo caería al agua, mi cabeza saldría rodando por las escaleras-precipicio. Sin embargo, mis dedos mordían los puños, en tanto mis ojos levantaban la espesa barba de Ahasverus para encontrar una garganta que cortar. En mi cerebro, alguien que no sé si era yo, trataba de fraguar un plan homicida. Las comidas sabían siempre a la misma charlatanería. “Borsch de Ucrania, no faltar remolacha”, decía el barriga infinita; “Chamin con cerdo, qué importar religión”, se sobaba y reía; “Pero no hay como la

mojarra frita de mis arroyos”, le salía una voz cantarina que usaba poco, mientras le crujían los pescaditos entre los dientes. Me daba lo mismo que fuera aire para masticar, y si el agotamiento no me dominase, le hubiera hecho cenar toda la mierda que revolvía en sus ollas de prestamista de desahuciados, hasta que le saliera por las orejas. Con uno de sus cuchillos, lo desmembraría arriba de la mesa. Juntaría los pedazos en una bolsa, y la haría reptar hacia mi lugar de trabajo. Iría más allá de donde siempre, más allá de donde el descuartizado pescara mojarras, allí donde rugía la catarata. Buscaría un lugar seguro, un recodo entre las rocas, que me acobijarían con mi bolsa de basura. Pacientemente, arrojaría trozos del barbudo entreverado, para verlos caer en la espuma. Luego, recogería mis pertenencias y me iría sin robar nada o muy poco. O podría brindarle una muerte más aguada al estafador de desesperados, desvaneciéndolo con un golpe de remo. Utilizaría una soga de amarre como horca en su cuello. Testigo, juez y verdugo, lo tiraría del muelle. Ojalá su nuca no se rompiera. Podría atarlo a la caña

del timón, y pasearlo hasta que se ahogara, hasta que los peces o los muertos escondidos detrás de las rocas vinieran a devorarlo. Con el cuchillo hurtado escondido en el saco, cortaría la soga de su último viaje, con destino al fondo del río y a las entrañas de las fieras. O podría cambiar el rumbo del primer ajusticiamiento. En vez de no cobrarle por pasearlo hasta la catarata, utilizaría la cocina como sala de operaciones. No desinfectante, sino ajo pasado; no cloroformo, sino cebollas podridas; y a abrirlo como él a sus mojarras. No se freiría en sartén; lo rellenaría de paja y estopa. Nada de prolijas suturas; lo cosería con su hilo para matambre. Llegada la mañana, se correrían las cortinas metálicas de su local de trapicheos, y luciría crucificado en dos remos, para que se lo llevaran como fantoche para la quema de judas. O…

Pero mis pensamientos acerca de una cuarta forma de justicia, fueron truncados por ruidos de todo tipo. Ya estaba bastante harto de los escándalos que acudían a mis oídos cuando me empezaba a dormir. Esta vez, eran como chistidos y correteos de personas que se burlan de

alguien, y luego huyen para no ser atrapados.

Encendí una de las velas que me había dejado Ahasverus. "Algunos actores se quedarán sin cabeza", me dije sacando uno de los remos puestos como barrote, aferrando el otro como lanza y garrote.

Al salir al pasillo, me encontré falta de ruidos y a nadie. En el último instante en que la llama sobrevivió a la negrura que todo lo tragaba, alcancé a ver no sólo la silueta del cuerpo enorme, sino el rostro de la señora Ludovica.

Paseando un bulto liviano

Cuando fui llamado a almorzar, la aparición me estaba esperando.

—Rebeca, hija de Eliphas —el barbas se señaló la sien—. Botero —nos presentó.

Rebeca era un ladrillo de dos metros, sentada sobre una silla enclenque, en la cabecera opuesta. Un vestido gris cubría su falta de curvas. No podía verle los pies, hinchados y descalzos. Su cabeza era otro pie, calzado con una espesa melena de paja con cerquillo. En la cara estaban pintados boca, nariz y ojos sin expresión, como puestos a último momento para que se pareciera a una mujer. Pero miraba…

—Comer, botero, comer —tomó la fuente del centro de la mesa, sacó dos panes con la mano y los puso en mi plato—. Panquecitos.

Probé un bocado que sabía a la misma nada que allí se cocinaba, con un poco de queso de sus pies tacaños.

—Su hija no come, don Eliphas —indiqué el plato vacío de Rebeca.

—Hija no hambre —llenó mi copa con agua de una jarra mugrienta.

—Su hija no bebe agua, don Eliphas.

Miré los labios del viejo anticuario hijo del diablo, que no se movieron y, sin embargo, creí escuchar que decía:

—Y a vos qué te importa, piojo resucitado.

Cortés hasta donde podía su lengua tortuosa, contestó:

—Rebeca no dispuesta. Aburrida un poco. Oye, Rebeca, tomar agua para botero —se llevó una copa imaginaria a la boca, para que ella hiciera lo propio—. Yo contento, sí —se comió un puñado de pancitos, bajándolos con un trago sonoro.

La hija vació en la ranura de sus labios el contenido de la copa, que volvió a salir por las comisuras como si allí adentro no hubiera caídas.

—Hija, poco boba. Pero obediente —la defendió el falsificador de precios.

La mente, o esa cosa que piensa, engaña. Lo había hecho de

burda manera, haciéndome creer que aquella giganta retardada podía ser la señora Ludovica, muerta mamando caballos hacía tiempo. Los recuerdos de mi primera ama, los que nunca se borrarían por más excremento y semen equino que contuvieran, comenzaron a disiparse en presencia de la sólida y sosa Rebeca.

Mi hartazgo de panquecitos y agua turbia, fue interrumpido por una orden abrupta.

—Botero, pasear Rebeca. Hija necesitar salud.

Se corrieron las sillas y nos paramos los tres, con la mole mirándome como si le perteneciera, avanzando con los brazos extendidos. La orden había sido clara:

—Tomar mano botero.

La que quedó libre de remos, fue esposada por la suya. Fría, marcial, tenía algo de las rocas del río. Se puso atrás de mí con la anuencia del barbas con migas, que nos vio marchar a empujones, tejiendo algo dentro de los bolsillos de su caparazón abrigo.

En la bajada hacia el muelle, pensé en una de las tantas muertes trazadas. El destino enemigo había

invertido roles en el plan, cambiándome por el futuro occiso, y a éste con las potestades del homicida heredadas por su hija. Podría haberse cansado de mis servicios más pronto que rápido, o no tener el dinero prometido, o ni siquiera para pagarme el despido. En cualquier época, el trabajador que se vuelve una carga es sacrificado. Esta no sería la excepción. Tal vez, en la carrera del asesinato, el hijo predilecto del diablo obtendría el triunfo, de la mano de su hija la piedra.

Llegamos al muelle sin contratiempos, aparte de la mirada en mi nuca. Se subió al bote como acostumbrada al ejercicio, y me sorprendió que el bote no se fuera a pique con tremendo peso. Al contrario, apenas brotaron suaves ondas de la quilla.

Probé investigar nuevos recovecos, y me aburrí a lo grande por aquellos parajes solitarios de agua y rocas, silencioso como nunca, acaso hasta la catarata lejana había decidido callar, como si estuviéramos en un cementerio.

La quietud fluyó dejándonos en un remanso profundo, todavía más muerto que el resto del río, sin

atisbo de peces, ni actores, ni susurros, ni luces fugaces. No hallé mejor entretenimiento que contemplar la estatua labrada por un chapucero, y sostener la mirada bobalicona. Sin forma ni fondo, sin embargo controlaba. Recogía cada movimiento, cada gesto, cada respiración de su observado. Me daba la impresión de que su tosca cabezota nada retenía, sólo era una especie de ventana por donde otro se asomaba, y que ese era su progenitor.

La pasajera del bote subterráneo, se asemejaba demasiado a una carcelera sordomuda, insobornable. Podía iniciar una conversación con mis manos por debajo de su vestido. En otras casas me había servido, y en historias escuchadas en mis tiempos de caída en la baraja, se conocía lo calenturientas que eran las sordomudas. Tal vez, resbalando por entre las columnas cuadradas de sus muslos, hallaría el salvoconducto que me permitiera avanzar como el maldito Eliphas hacia la profundidad de la cueva, develar algún misterio, o al menos ganarme una aliada para una jugada maestra.

Desde el áspero granito de las rodillas, ya fui avisado de la inviabilidad de mi proyecto, que ni siquiera arrancó una sola queja, a favor o en contra. Podría haber seguido sobando la mole hasta la eternidad. Tanto daba.

—¿Usted sabe nadar? —hice gestos para darme a entender, con la inocencia disimulada que fui capaz. A lo mejor, aparte de sordomuda y no flotar, resultaba tan rematadamente tonta que no se daría cuenta de que quería tirarla en el foso, llegar a remo fuerte hasta el comedor de mojarras fritas, darle la noticia junto con un remazo en la frente, y mandarme mudar de allí, en las mismas condiciones en las que había llegado, más tres o cuatro chucherías.

Nada.

Pero a la nada siguieron algunas ondas en el agua. Se fueron incrementando junto a un murmullo lejano de mojarras, que a poco huyeron como peces voladores. Antes de que pudiera deshacerme del ropero que había sacado a pasear, tuve que clavar los remos y remar veloz. Dando vueltas en espiral desde el foso, nos perseguía no una anguila gigante, sino un

monstruo de seis metros, escamoso y sin aletas, casi cilíndrico aunque achatado en el lomo, y con una cabeza espantosa. Si en vez de calva tuviera solideo y barba, podría haber sido el propio Eliphas convertido en pez.

Nunca imaginé lo que sacudiría en su mano

Después de dar varias topadas en los costados del bote, se quiso enroscar en los remos. Intentó atraparme los brazos, tirando tarascones que chasquearon en el aire. Bulló el agua dibujando arcos y líneas, con iracundas descargas eléctricas. Hasta que al fin pude perder de vista al incansable nieto de Satanás, hijo de Eliphas y hermano de Rebeca, a juzgar por su impasibilidad durante el asedio. Pero aunque sirvieron para la evasión, también me perdí entre las playas ramificaciones del río.

Anduve a remo pausado, oteando con esperanza del indicio que me permitiera volver a la ruta. Cuando empezó a preocuparme la posibilidad de permanecer el resto de mi estúpida vida remando bajo el suelo de Buenos Aires, enfrenté nuevamente la mirada bobalicona, que ni siquiera había variado su

postura, aunque fuera para rascarse la nariz.

—¿Conoce por casualidad estos recovecos?

Si le hubiese preguntado a su hermano, hubiera tenido más chances de obtener una respuesta, o por lo menos un agite de branquias.

Después de un lapso igualmente fatigoso, con ganas de arrojar los remos o al saco de mí mismo al agua, sentí humedad y frío. Tosí.

—Oiga, Rebeca. ¿No siente hambre y frío? ¿Se da cuenta de que estamos perdidos?

El bloque sin desbastar conservó la calma presidiaria. Siguió mirando a través de mí como si fuera humo. Aunque una especie de sombra, si puede haberla en una eterna penumbra gris, cruzó entre sus ojos. Una cuerda invisible fue tensada desde la bóveda y se produjo el milagro. Rebeca levantó su brazo derecho como si fuera un compás, indicando una roca enorme. Quedé mirándola. Tal vez no era desacierto, y quería darme a entender que remara rápido y me estrellara cuanto antes, así terminábamos aquella idiotez.

Decidido, me dirigí allí. Estando más cerca, la roca no era tan grande, sino que eran dos solapadas. Entre medio dejaban un pasaje angosto, por donde se escabulló el bote y volvieron las esperanzas. La escueta participación de Rebeca, proporcionó la clave para colarnos del laberinto de ramificaciones interminables y esmerado silencio.

De inmediato se empezaron a escuchar chistidos, como gente en connivencia que llama y se esconde, para después burlarse con risas sofocadas. Siluetas se movían subrepticias, se desplazaban por las piedras, y hasta creí divisar actores conversando despreocupados, por caminos cercanos a la bóveda, o dándose chapuzones a lo lejos. La catarata que supo callar, otra vez había sido puesta en marcha, tragándose aquellas aguas repletas de misterios. Maldito sea si pensaba resolverlos.

En un instante avisté el muelle y puse proa en rumbo, con el ferviente deseo de terminar la ridícula historia, así fuera a pura chapuza y desparramo de vísceras, porque aquello me estaba debilitando demasiado.

Sonó el verduguillo contra el muelle, sonaron los remos sacados de sus chumaceras, sonaron nuestros pasos sobre las tablas, y la esposa de la mano de Rebeca se cerró sobre mi muñeca.

Tomó la delantera llevándome a tropezones, arrastrándome escalones arriba, como algo que hubiera pescado, algo para cocinar en una sartén que ya estuviera puesta al fuego. Cuando lograba incorporarme y miraba aquella nuca que nunca daba la posibilidad de un golpe certero, me encontraba con su mirada. Debajo de la mata de pelos hecha con una escoba vieja, debía haber otro par de ojos.

Al fin llegamos adonde la escalera se hacía pasillo, cada quien jadeando e inmutable. El hijo de Satanás nos estaba esperando.

—¿Qué significar esto, boterito de mierda? —Eliphas Satanás sacudía un frasco cuyo contenido, hasta ese momento, había estado dormido entre mis pertenencias.

Antes que pudiera contestar qué le importaba y por qué había estado husmeando donde no le incumbía, el viejo brujo ordenó:

—Rebeca, ¡a él!

La mala copia de la señora Ludovica, sin soltarme la muñeca me aferró entre mis remos y sus brazos, que era como estar encadenado a las rocas del río.

De cueva en cueva

Rebeca remaba monótona, como si un mecanismo de relojería hiciera girar sus brazos. Eliphas peroraba eufórico, agitando el frasco con el Chivo Blanco. Inmovilizado por una soga, tirado en la popa, observaba los posesos con la bóveda estrellada de la caverna por fondo. Se escuchaban coros y vítores por doquier, que serían de muertos, o de diablos pescadores, o de actores alcahuetes del brujo.

—Botero bueno. Traer a casa pieza necesitar. Mucho bueno —alzaba el frasco al techo gris con luces que se movían, para luego besar el vidrio—. Abrir puerta ser fácil. ¡Puerta abierta! Grande Maestro entrar. ¡Mucho pronto!

Sumergido sin burbujas que le recorrieran los pelos, el Chivo Blanco no se percataba, y seguía durmiendo pese a su incómoda posición. Un cuerno tocaba la pared del recipiente; su hocico estaba tapado por la pezuña de una de las patas delanteras, mientras que las traseras se enredaban con el otro

cuerno; la cola cubría lo que podía sus grandes genitales.

—Trabajar y trabajar. Si tener esto botero —le vino un ataque de risa que se prolongó durante buen tiempo y que hizo eco en la catarata, como si fuera la extensión gigante de las fauces del brujo podrido—. Si tener esto anterior, no matar tanto botero.

Sin jadeos, y quizás ningún respiro, Rebeca nos hizo llegar a la playa donde hasta hacía muy poco, me dedicaba a esperar que el misterioso pescador volviera con sus mojarras. En el libro imbécil de la vida, estaba escrito que iría unos cuantos pasos más allá del bote, e incluso seguiría a Eliphas sobre las piedras y por entre las rocas, para entrar en su cueva secreta. Sólo que él lo haría caminando, y yo en brazos de la hija, envuelto en su sostén.

—Ya ves, boterito, que por ahora no soy tan poderoso —cambió el tono de voz y su forma de expresarse, encendiendo de un par de velas que permanecían prendidas, una decena que consiguió alumbrar a medias el recinto—. Acá adentro sí te puedo hablar como quiero, porque es como

de entrecasa, pero afuera… Afuera se complica, che. Se me traba la lengua cada vez que quiero hablar. Me salen unas palabras sí y otras no. Pero bueno, qué te puedo decir, aparte de que vas a ser sacrificado.

Con esas nuevas, comprendí que una mesa mucho más grande y rústica que Rebeca, sería el laboratorio atestado de retortas y estupideces burbujeantes de alquimista; que la sanguinolenta mesa de mármol alumbrada desde arriba por una especie de ojo turbio que lagrimeaba alevines, debía ser el altar de los sacrificios; que los grilletes y cadenas amuradas, serían mi reducido hogar. No se veía ningún equipo de pesca.

—Mirá que sos raro. Porque todos los otros siempre lloran y patalean cuando se enteran de que están prisioneros y van a morir. Pero vos no. Es como si creyeras que no te puede pasar nada —ahí le volvió la risa—. Si pudieras verte cómo estás… Pero en fin, eso es bueno, porque la purificación llevará poco. Estás casi listo para que te clave el puñal en el corazón —se acercó como si nunca me hubiera visto, regalándome su aliento de sepulcro —. Seguramente no entendés nada.

No importa, no vale la pena explicarte cómo voy a traer al Maestro.

Rebeca me desató con cuidado, para que no sobraran los movimientos que me dejaron encadenado a la roca. Padre e hija, retorcidos sanguinarios por placer y oficio, se fueron sin despedirse.

Al otro extremo de mi ubicación, cruzando el recinto con el altar al medio, al lado de la mesa de trabajos alquimistas, en uno de los anaqueles de una especie de biblioteca con parafernalia de objetos rituales y mugrientos, habían dejado al Chivo Blanco en su frasco. Seguía durmiendo.

Purificación

Empecé a perder la cuenta del tiempo, como antes de la caída había perdido la cuenta del dinero invertido en perdición. Sin pan ni agua, y con frío, por lo menos no tenía que comer las inmundicias de la cocina del embaucador de boteros. Aunque por momentos la vista se me nublaba, las tripas hacían ruido de motores, y sentía deseos de roer las cadenas como si fueran huesos.

De vez en cuando aparecía Mojarrero solo, con su eterna gabardina o sotana, para realizar actos estrafalarios y hablar conmigo. Necesitaría un amigo a quien poder decapitar. Rebeca la roca, hija fiel, guardiana insobornable, intransigente a cualquier propuesta, lo estaría esperando con sus brazos listos para remar como el mejor botero, y agradar a su padre a cambio de nada.

—Veo que entendés cómo funciona —me decía mientras mezclaba pestilencias en un crisol que ponía sobre un mechero—. Si pensaras algo yo lo sabría. Por eso

te quedás calladito la boca y en babia. De seguro que vas a intentar matarme al menor descuido. Pero hay dos problemas para vos: No va a haber descuidos, y ya no tenés fuerza ni para tirarte un pedo.

El humo agrio llenaba el recinto y mis pulmones intentaban toserlo, pero me dormía y soñaba que estaba prisionero ahí mismo, sin otra diferencia que el parecer más blando de las cosas.

—Mirá, boterito. Mirá qué lindas almitas que caen acá regaladas —aparecía sin decir buen día—. Almitas que van creciendo. Vengan a saciar la barriga de papá. Canten alabanzas y no pierdan su inocencia y buena fe. Ahora ya no se me escapan como antes.

Con un mojarrero cazaba los alevines que chorreaban del ojo turbio, y los enfrascaba en su mesa de alquimista. Algún alimento tendrían aquellos frascos en fila, porque los seres insignificantes se iban convirtiendo de a poco en pingües mojarras. Luego, el Pescador las vertía en su redecilla para decir que las había pescado.

—Hosanna, hosanna… Hosanna en el nombre del Señor… —cantaba y reía el devorador de

almas, mientras se marchaba de la cueva con su pesca.

No me tentaba aquel plato, pero ante el brutal ayuno, de buena gana me hubiera zampado un frasco de mojarras, o, por lo menos, si mis cadenas hubieran sido más largas, me habría abalanzado como quien aplasta mosquitos con sus palmas, sobre aquellos nutritivos alevines.

—Creo que para mañana ya vas a estar pronto —me anunció en algún momento de la interminable estadía, en la que el peso de mi cuerpo parecía flotar, tirando las cadenas hacia arriba—. Y vos también —le dijo al Chivo Blanco en su frasco, que dormía imperturbable.

Lo tomó, lo llevó hasta la mesa de mármol, y lo puso debajo. Algo parecido a un ojo negro pestañeó en el suelo, al tiempo que se produjo un temblor, o eso creí.

—Falta muy poco para que puedas salir, y para que este escapista embaucador vuelva a entrar a tu reino, por los siglos de los siglos, amén. Ya te lo vas a poder comer en dos panes, Maestro.

Me quedé solo. Después de desmayos y ahogos seguidos de breves despertares, vi aparecerse

ante mí, erguido en sus patas, al Chivo Blanco. No era él en persona, pues el verdadero dormía apretujado en su frasco. Era como un cuerpo semitransparente, borroso, y a pesar de no ser exactamente él, era como si lo fuera. Habló como siempre, medio en serio y medio en broma. Ora fluidas, ora en oraciones entrecortadas, me fue contando por qué se hacía el dormido. Pese a la sed, el hambre y frío, creo que entendí un poco de aquel embrollo. Sobre todo el final, que me incluía en su plan para poder escaparnos.

Que se sacrifiquen los demás

Contrario a su actitud durante las visitas, al momento de venir a sacrificarme, el Mojarrero permaneció callado. A su lado, Rebeca lo imitaba. Ante un gesto de su padre, que tras revolver un cajón de la mesa sostenía el puñal como a un niño recién nacido, vino a mí para desatarme y llevarme aúpa hasta el altar. Fue ahí en donde puse en marcha el plan del Chivo Blanco, inteligencia superior.

"La perra sarnosa montón de arena, débil la frente. Se borra una letra, la primera, que es la más fuerte, y pronto. Pronto, hijo mío, como antes el nidito caliente de tu señora Ludovica, que ahora está frío colgando de una iglesia."

Al ponerme sobre el mármol e intentar atarme con la soga, se produjo el ansiado descuido. Levanté el cerquillo pajoso de alma de roca, y fregué con mi palma la primera letra de la palabra oculta, escrita con símbolos repugnantes. No se debe creer todo lo que está

escrito en los libros, y sería sensato que nadie crea que la mole imbatible, al decir del enfrascado, no era más que "montón de arena". Pero a eso se redujo con mi fregada. De haber sabido el truco antes, en vez de tirado sobre el altar de los sacrificios, hubiera estado pidiendo trabajo en casas con agua, remando, juntando dinero para volver a Italia, la lejana y cálida, benefactora de los que vuelven para pagar sus deudas. Uno de los obstáculos que se interponía en la recuperación de mi honor, era el Mojarrero.

"Niño entre potencias macabras y más macabras, habrás de vértelas... —aquí el Chivo Blanco se había reído con una especie de silbido o escupida—. ¡Oh, sí! Habrás de vértelas con Mefistófeles Matufia, el rioplatense. Que no Mefistófeles Lunfardo, por suerte. Mi tierno amigo, no podría ayudarte, ni a tu mamá en lupanares, llegado el caso. Tienes que recordarle sus orígenes, judío y pobre, antes que hiciera pactos. Pactos, hijito, son cosas del poder y del dinero, pero más de los pedigüeños."

El Mojarrero había levantado el puñal, su cara se había estirado de hija muerta, y sus ojos giraban en

órbitas perplejas. Aunque podría estar pensando en trocearme, y sacrificarme de segunda mano a su Maestro, servido como aperitivo antes del frasco, donde se guardaba el mejor plato.

—Usted no es Mefistófeles Matufia —grité con un hilo de voz, mientras mi sacrificador corría hacia mí, y se paraba sorprendido al escuchar el nombre—. Es un judío de mierda, y encima pobre... No le alcanza con lo que roba, y tiene que andar haciendo pactos con los diablos para poder comer basura.

Esta pausa, me permitió llegar en un par de saltos adonde el Chivo ya empezaba a hacer guiñadas, cómplices o escudriñadoras. Justo al sacar el frasco, cayó el puñal en su lugar, clavado, perpendicular a la mesa.

Y lo destapé.

En un soplo, mi amigo saltó, se desenrolló en el aire, e incorporó sus dos metros sin contar los cuernos. Se sacudió el agua maldita como si fuera un perro mojado, quedando listo para batirse en duelo contra el Mojarrero... Que yacía hecho un revuelto de vísceras, algunas recogidas en el suelo por la amplia sotana. La cabeza había

perdido, aparte del kipá, el cerebro, la lengua, los ojos y los dientes, formando un reguero. El lugar del desalmado tacaño, había sido ocupado por un demonio de la altura del Chivo Blanco, que no podía ser otro, negro y bicorne, garras aceradas, colmillos afilados, escamoso, larga cola con punta de flecha, que Mefistófeles Matufia.

Con unas escarbadas sobre los despojos, como el perro que quiere ocultar los excrementos, Mefistófeles dio inicio a la contienda, tratando de cornear al Chivo. Pese a lo entumecido, mitad torero, esquivó con un pase de capa, haciendo que su oponente sacara chispas a las rocas de la pared. Cuerno mellado volvió a la carga con más furia, y con más agilidad fue evitado. Al zarpazo izquierdo saltó a la derecha, y al zarpazo derecho saltó a la izquierda. Mas un coletazo infernal, cuyo chasquido fue el trueno con el que comienzan las tormentas, le rajó la ingle y lo dobló de dolor. Pensé que Mefistófeles, aprovechando la debilidad, iba a caerle encima con los colmillos como sables, pero caminó tranquilamente alrededor, tomándose tiempo para saborear un

combate que estaba seguro de ganar, y vino hacia mí.

—Con permiso, negrito —me dijo arrancándome el frasco de las manos, estrellándolo contra el suelo —. Ya me ocupo de vos.

El empujón de su garra me hizo rodar hasta las cadenas. Por suerte mi amigo, que a la hora de las oportunidades era un tipo muy fino, aprovechó ese mínimo descuido para hacer sonar el gong de su escupida en el ojo enemigo. Demonio cíclope habrá quedado Mefistófeles Matufia, porque la baba que sabía largar el Chivo era peor que el ácido, quemaba más que el fuego, y ardía como sentarse sobre ortigas.

Aquellas entidades, emblemas de lo Malo y de lo Peor, se abrazaron para matarse. Eso fue lo último que vi, antes de salir disparado sin mirar atrás.

Las cosas no habían terminado ahí

Al salir de la cueva me topé con decenas de actores amontonados, tratando de informarse sobre la pelea. Me parecían muy semejantes entre sí, moscas alrededor de su alimento.

—¿Quién va ganando? —se me pegó uno de pantalones cortados por arriba de la rodilla, con camisa a cuadros.

Entre ellos inquirían y se contestaban, suponían, evaluaban posibles resultados, y hacían chistes obscenos acerca de la suerte de su patrón.

—¡Salga! —le di un empujón.

Sin hacerme caso, como si su pregunta hubiera sido lanzada al aire para contribuir con el murmullo, siguió hablando con sus colegas.

—¿Y ahora quién nos dará trabajo?

—Es el que nació de leche cuajada.

—El que escapó de casa.

—El que hace tatuajes peludos en las nalgas de sus amantes.

—¿Seguiremos engañando?

—Seguirá igual. Ya se sabe.

Interminables dudas y aseveraciones, poco importaban a algunos. Gastaban el tedio nadando y zambulléndose, acariciándose, lamiéndose, bailando y organizando complejas orgías sobre la arena y las rocas.

Empujé parejas y agregados de viciosos fuera del bote que se tambaleaba en la orilla, y hui del atestado lugar, de los fogonazos de la cueva, de la corriente que se intensificaba llevándose desprevenidos rumbo a la catarata. Me despidieron con abucheos, pedradas y aplausos hechos con manos y axilas a modo de ventosidades. Podrían haberme matado, pero en el fondo, sólo era gente perturbada, melancólica o alegre, viva o muerta, que quería divertirse sin medir las consecuencias.

A medida que me iba alejando, mermó la fuerza del agua, los actores se hicieron más escasos y abúlicos, y pronto llegué al muelle. Pensé en conseguir un buen pedrusco puntiagudo, y hacer un

boquete en el bote a modo de despedida. Tuve un fugaz presentimiento de que el Chivo Blanco se salvaría. En algún sitio del apestoso libro de la vida, se contaría en tono profético cómo resurgiría desde las aguas, lo mismo haciéndose pasear en bote, para fundar nuevas religiones. Preferí darle una patada en la dirección por la que me había traído.

Subiendo las escaleras me sentí más débil que nunca, pero la salida cercana, y antes mi maleta que cosecharía hurto en el anticuario del tripas desparramadas, me fortaleció.

Pisar el último escalón y ver el pasillo de la casa roñosa, me provocó contento. Humo que se eleva y disipa, tal sensación comenzó a desaparecer al entrar en la habitación del botero y no encontrar mis pertenencias. En la cocina, los trastos agujereados y atados con alambre, incorporarían pobreza. El cuarto de Eliphas estaba cerrado con siete vueltas de llave, la que habría que ir a buscar entre intestinos, en la cueva. Aún quedaba un cuarto contiguo al anticuario, y este mismo, para expropiar algo digno de una fuga decente.

En lugar del tesoro, o por lo menos bagatelas que pudieran venderse en alguna feria de mala muerte, encontré dos mojones. Por la forma y celo con el que vigilaban, no necesité acercarme para comprender que se trataba de las hermanas de Rebeca.

¡El brujo energúmeno había engendrado trillizas! Trillizas que le facilitaban el trabajo, que cuidaban de sus bienes mejor que mastines, y que atrapaban a quien quisiera escaparse de aquella enorme prisión. Luchar contra la dos gigantas, así supiera el truco de borrarles la frente, resultaba impracticable. Hui por donde había venido.

Quizás, tendría que intentar convertirme en una bestia de las que vagaban allí abajo, ser uno más en sus locuras itinerantes, hasta que se me ocurriera un plan. Las esperanzas de poder escapar con vida del lugar, se redujeron al llegar a la escalera. Por un lado venían las Rebecas a paso lento, inexorable; por otro, una veintena de actores disfrazados de fantasmas sanguinarios, idénticos a los que se habían llevado al antiguo botero entre gritos de marica, hacían lo

propio portando cuchillos. No eran de utilería.

Volví a girar quedando enfrentado a las Rebecas, que me rozaron con sus manazas, antes que pudiera tirarme al calabozo donde había permanecido durante tres esperas. Aún latente el consejo de trancar con barrote, aseguré la puerta y quedé a salvo. Pero dudé que pudiera resistir a los montones de arena insuflados de magia, que atacaron como rocas rabiosas.

Golpearon cada vez más fuerte las gemelas, acaso reclamándome a la trilliza difunta. Coreaban oes y aes enfebrecidos por el deseo de carne y sangre los actores fantasmales. Entonces, una idea brotó agitada. Absolutamente todo en la podrida Creación, come y es comido. Por la boca come, por el ano excreta lo que otro come, y así va la vida en círculos eternos. Aquella casa llena de ratas de distintas formas, a la que había ido a parar gracias al marido de la señora Ludovica, no podía ser la excepción.

Inspirado en el último instante, cuando la puerta fue echada abajo y el calabozo se llenó de Rebecas y fantasmas, abrí la tapa

del excusado por donde había salido el comemierdas, y me arrojé dentro.

Quizás los dioses se quisieran divertir conmigo un rato más.